

Libema

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, pasage Saunier, número 4, en Paris.

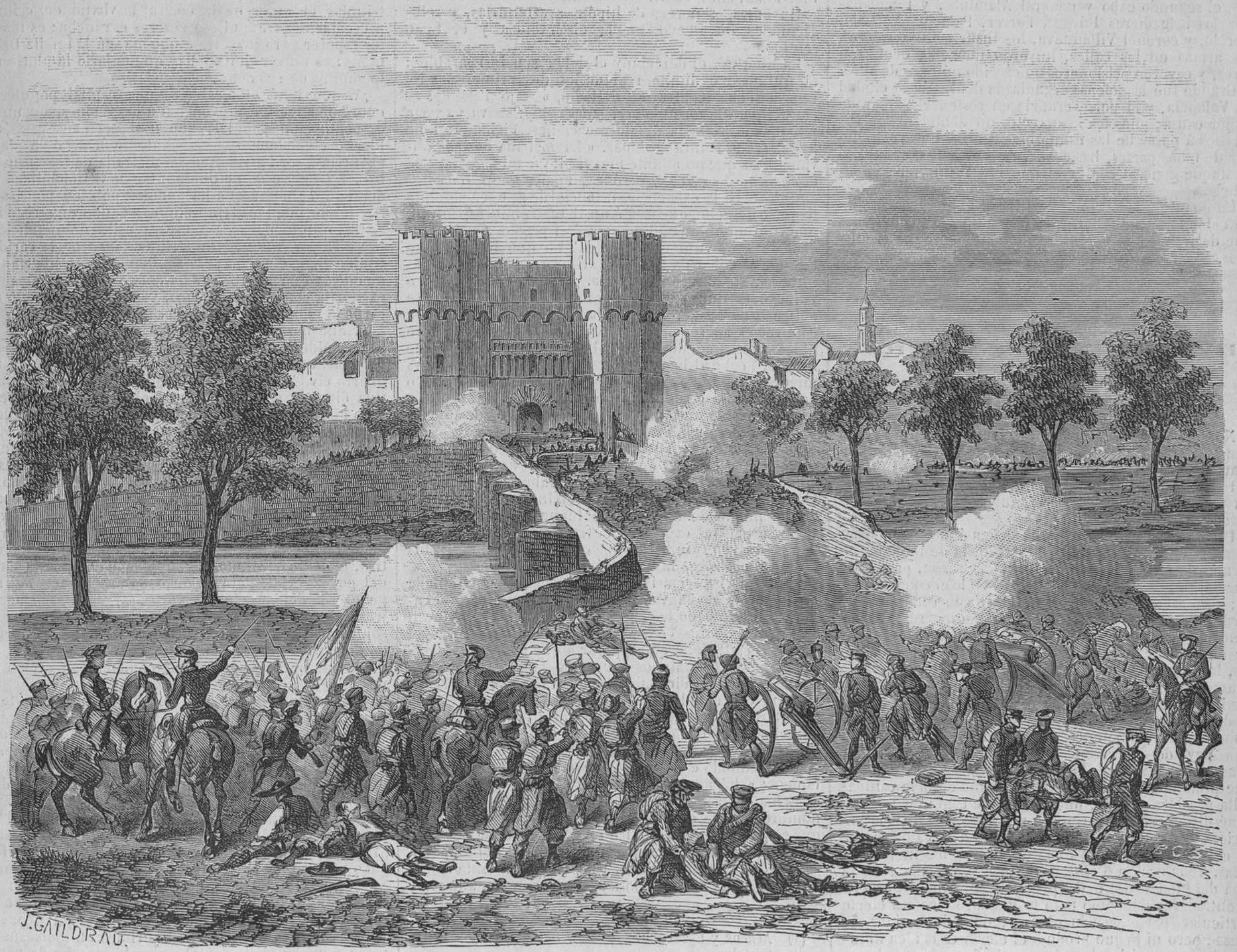
AÑO 28. — N° 879.

SUMARIO.

Sucesos de España; grabados. — El Derecho, el Deber y la Libertad. — Episodios de la vida de un naturalista. — Reunion pública en Paris el 18 de octubre; grabado. — Revista

de Paris. — Poesía. — Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz Eugenia; grabado. — La huelga de los dependientes en el comercio de novedades; grabado. — Inauguracion de la estatua del almirante Duperré en la Rochela; grabado. —

Tres días en Nápoles. — Los criados en Paris, estudios de costumbres, por Cham; grabados. — Un matrimonio de la mano izquierda. — Los dos millonarios. — Los caballos de M. Schikler; grabado.



Sucesos de España. — Valencia. — Ataque del puente de Serranos por las tropas del gobierno.

Sucesos de España.

Publicamos en este número varios dibujos relativos á la insurreccion republicana, ya vencida en el día, lo que no ha tenido lugar sin efusion de sangre. Valencia ha sido el punto capital del movimiento, y en la primera página damos el ataque del puente de Serranos, uno de los episodios mas terribles de la lucha, pues por ambas partes se combatía con un ardor extraordinario. Hé aquí cómo el gobierno, en la relacion oficial de estos sucesos, describe lo ocurrido en Valencia:

« El movimiento verdaderamente importante fué el que tuvo lugar en la ciudad de Valencia, donde pronunciados en abierta rebelion los voluntarios de la libertad, empeñaron la lucha en las calles y plazas con las tropas de la guarnicion. No habiendo podido estas por su corto número generalizar el ataque, recibieron orden del capitán general para que se limitaran á conservar las posiciones conquistadas que no estuviesen distantes de la base de operaciones, y cuya defensa pudiera sostenerse.

Así las cosas, fué necesario enviar á Valencia fuerzas en suficiente número para sofocar la insurreccion.

En muy pocos días, y venciendo toda clase de obstáculos, llegaron á aquella capital una columna compuesta de 650 guardias civiles, mandada por el coronel Villanueva; la brigada Palacios, procedente de Cataluña; el batallón de cazadores de Alcántara con los voluntarios denominados cazadores de Prim; la columna del brigadier Velarde; la brigada Búrgos, que se hallaba en Despeñaperros; la brigada Merelo, procedente de Zaragoza, y otros cuerpos de diferentes puntos. El general Alaminos fué nombrado para el mando de las tropas que debían operar sobre Valencia á las órdenes del capitán general del distrito.

Una partida de insurrectos bien armados disputó el paso en Alcira á la brigada Búrgos, siendo por ella derrotada y puesta en dispersion despues de algunas horas de fuego.

Una vez reunido en Valencia suficiente número de fuerzas para atacar y vencer la insurreccion, cualquiera que fuese la clase de resistencia que opusiese, se hizo la correspondiente intimacion, fijando un plazo de dos horas para que los insurrectos depusieran las armas y se entregasen á discrecion con la garantía de la vida.

Quebrantado el enemigo por un ligero bombardeo que causó pocas desgracias, y al primer movimiento de las columnas de ataque dirigidas por el capitán general, el segundo cabo y general Alaminos, y mandadas por los brigadieres Búrgos, Ferrer, Palacios, Velarde, Merelo, y coronel Villanueva, los insurrectos arrojaron las armas en las calles, huyeron unos, se ocultaron otros, y cayeron prisioneros un crecido número de ellos.

Grande fué la defensa organizada dentro de la ciudad de Valencia, y la perseverancia en sostenerla digna de mejor causa; pues los insurrectos no abandonaron sus puestos á pesar de las numerosas fuerzas que veían llegar de todas partes, hasta que, roto el fuego, se mandó el ataque general contra el que era inútil toda resistencia.»

En cuanto á los dibujos relativos á la insurreccion de Barcelona que se hallarán en las páginas, nada tenemos que decir, pues se explican suficientemente por sí mismos.

R. S.

El Derecho, el Deber y la Libertad.

(Conclusion.—Véase el N^o 878.)

No es lícito confundir en este razonamiento la idea general, llamémosla absoluta del derecho, ó para hablar con propiedad, la idea del deber, de la justicia, del bien, con los derechos particulares de cada hombre. La palabra derecho, usada en ambos casos, tiene acepciones diferentes.

Por otra parte, la idea del deber ó de la justicia, como la idea de causa, la de espacio, la de tiempo, son formas de la inteligencia, leyes de la razon, principios necesarios sin los cuales no sería posible el conocimiento; pero estas ideas, al realizarse, se concretan, se determinan, se limitan. Imaginad el tiempo realizado, y tendreis el día, el mes, el año, el siglo; el tiempo realizado no será ya la idea absoluta, el tiempo sin límites, la eternidad. Haced el mismo ensayo con la idea de causa. A la vista de un efecto cualquiera, preguntamos instintivamente quién lo ha producido; hé aquí demostrada la idea absoluta ó necesaria de causalidad: el hombre no concibe que haya efecto sin causa; es esta una ley de su razon. Pero esta idea absoluta de causa ¿se puede confundir con las causas particulares que producen los fenómenos? Mi mano agita la campanilla presidencial: es, pues, causa de este movimiento. ¿Qué diríais, sin embargo, de mí, si yo tuviera la ambiciosa pretension de elevar mi mano á la categoría de lo absoluto? Pues esto es lo que hacen los individualistas. Toda accion ó abstencion está impregnada de la idea del bien ó del mal, (justicia ó injusticia, derecho ó contraderecho), como todo lo que produce un efecto particular participa, en algun modo, de la idea de causa; pero ni lo que produjo el efecto es la idea absoluta de causa, ni los derechos particulares de cada hom-

bre son la idea absoluta de la justicia ó del derecho. No confundamos nunca, señores, lo ideal con lo real; concebís el punto matemático: ¿podeis, sin embargo, realizarlo?

Por consiguiente, sin penetrar á fondo en el exámen de lo que son las ideas absolutas en sí mismas, cuestion que es sin duda la mas difícil y trascendental de la filosofía, hasta el punto de que tal vez deba ser considerada como un misterio impenetrable para la razon humana; limitándome á decir, y esto de pasada y solo para rectificar el error fundamental de los individualistas, que la idea del derecho ó la justicia, como la de causa, la de espacio, etc., no constituyen seres que se limiten á sí mismos, siendo cuando mas cualidades ó atributos del Sér infinito: la verdad es que no podemos salir de este dilema: ó los derechos encarnados en la personalidad del hombre participan de la naturaleza de este y son, como él y como todo lo creado, relativos y finitos, y por tanto, limitados, y limitables; ó todo en la creacion queda reducido á simples evoluciones de lo absoluto, en cuyo caso, sobre no existir razon alguna para hacer una excepcion en favor de los derechos particulares del hombre, caemos en un horrible panteísmo, con el cual son inconciliables la libertad, el derecho y la moral.

Y en verdad, señores, que hay una contradiccion palmaria en aceptar la idea fundamental de la filosofía de Hegel, y proclamar al mismo tiempo la inviolabilidad del hombre y sus derechos absolutos. Compréndese bien que Fichte realizara, hasta deificarla, la dignidad humana, por que si el yo que conoce, es el ser, si es la sustancia suprema, el hombre es Dios y sus derechos son absolutos y por tanto ilegales.

Pero si las ideas son el sér, si no hay nada real mas que las ideas; si las cosas finitas no son nunca perfectamente adecuadas á sus tipos, si no son verdad las existencias individuales ¿á qué queda reducida en el panteísmo idealista de Hegel la personalidad humana? Si de alguna política, es susceptible tal filosofía, será la política del mismo Hegel, que considera el Estado, no como un sér inerte sin otra funcion que la de hacer que coexistan todos los derechos individuales, sino como la sustancia de los individuos: « el hombre individual, dice, no tiene derecho al respeto sino de parte de otros individuos, no de parte del Estado, porque el Estado ó la nacion es su sustancia. » La absorcion del individuo en el Estado: tal es la única política posible, si la idea del derecho es un sér absoluto, ilimitado é ilimitable por limitarse á sí mismo: no puede conciliarse con este principio la inviolabilidad individual, sin incurrir en una insigne inconsecuencia.

Huyamos, señores, de hipótesis arbitrarias, y refugiémonos de nuevo en la observancia y el buen sentido.

La libertad, el derecho y el deber son inseparables: el último es el límite real de los dos primeros. « No hay derecho contra el derecho, » dijo Bossuet: es cierto; pero la fórmula sería mas comprensiva y exacta y menos ocasionada á equivocaciones, diciendo: « no hay derecho contra el deber. » La doctrina de los individualistas que no admite mas límite á mi derecho que el derecho de otro, es errónea, aparte ahora toda discusion sobre la existencia sustancial de este sér absoluto llamado derecho, que está á un tiempo en otro y en mí, que es ilimitable por limitarse á sí propio. ¿Qué derecho de otro vulnera el suicida? Lo que hace es quebrantar el deber de la propia conservacion, límite natural de su derecho á la vida. ¿Qué derecho de otro vulnera el que se vende como esclavo, ó el que se obliga á no testar? Y sin embargo, la ley civil niega con razon su sancion á esos contratos, y les declara nulos como atentatorios á la libertad; ¿por qué? porque Dios ha hecho al hombre libre para algo, porque le ha impuesto deberes que no puede cumplir el insensato que trueca su condicion de hombre en la de bruto, y esos deberes limitan su derecho á la libertad, que es por esto irrenunciable.

Perdonadme, señores, que os haya ocupado tanto tiempo en el exámen de la teoría de los derechos individuales. Casi estoy pesaroso de haber escogido este tema, porque no cabe su desenvolvimiento en el mezzquino molde de un discurso inaugural. Mi pesadez tiene su natural excusa en la trascendencia de aquella teoría, en la gravedad de sus consecuencias, en su funesto influjo sobre la vida práctica.

Partiendo los sectarios de esta escuela, desacreditada ya hoy en la docta Alemania, que fué su cuna, del carácter absoluto de los derechos individuales, deducen lógicamente estas consecuencias: « el Estado ó sea el poder social, tiene que esperar á que los actos se ejecuten para reprimir los abusos de la libertad. » « No es lícito tomar medidas preventivas especiales. » « Nadie tiene el derecho de impedir que obre al que quiere ejecutar una accion inmoral. » Por el contrario, « el derecho no obliga á nadie á hacer lo que para él solo es un bien (1). » Hé aquí, señores, lo que se os presenta como resultado « de diez y nueve siglos de trabajos titánicos; » hé aquí la « nueva ciudad del derecho, » la doctrina cuyos apóstoles se dan á sí propios el fastuoso nombre de « descubridores del mundo social. » ¿ Creéis que el pueblo que la realice en su legislacion « ganará la palma del pueblo humano, del pueblo redentor? (2) »

Permitidme que lo dude. Un poseedor intenta hacer desaparecer la cosa litigiosa; la ley no puede autorizar

(1) Arhens y Eschbach.

(2) Castelar.

nínguna medida preventiva para asegurar los resultados del juicio. — Un deudor, en virtud de título ejecutivo, quiere alzarse con sus bienes: la ley no puede autorizar ninguna medida preventiva para impedir que sean defraudados los derechos de los acreedores. — Un hombre dá muestras de no saber administrar sus bienes, es pródigo; la ley que autoriza la interdiccion para impedir su completa ruina, es una violacion del derecho: si ese hombre no tiene hijos, para nadie mas que para él son un bien su vida y su fortuna, y por tanto la ley no puede hacer nada para evitar su suicidio ó su ruina; si los tiene, no por esto es procedente la accion de interdiccion, que es por su naturaleza preventiva, toda vez que no tiene por objeto anular las prodigalidades pasadas, sino solo prevenir las prodigalidades futuras. — ¿Y el sistema hipotecario? ¿Qué es la inscripcion de los inmuebles y derechos reales en los registros de la propiedad, qué son las hipotecas sino medios preventivos para asegurar sus derechos al propietario, su dote y sus parafernales á la mujer casada, su peculio adventicio al hijo, sus respectivos créditos á los acreedores legítimos? — Una mujer casada, una hija de familia, víctimas de los malos tratamientos de su marido y de su padre, piden amparo á la justicia. Su vida está en inminente peligro; pero el juez ignora si la queja es fundada antes de recibir la pruebas de la sevicia. ¿No podrá decretar entre tanto el depósito provisional? No; es una preventiva; la ley que la autoriza es una ley inícuca. — Se ha cometido un asesinato; hay sospechas vehementes contra un hombre; pero al cabo no son mas que sospechas que podrán disipar las investigaciones ulteriores. ¿No podrá el juez decretar la prision preventiva? De ningún modo: ese hombre puede ser inocente; la ley que autoriza su detencion falsea la nocion del Estado, consagra un acto de fuerza, es un atentado contra la libertad humana. — Otro hombre, de aspecto sombrío, y cuyo ensimismamiento es tal que no advierte lo que pasa á su alrededor, se dispone para arrojarse al mar, ó coloca su cuello sobre un rail á la hora en que próximamente debe cruzar un tren: el comisario de policía que le observa, ¿no puede en nombre de la ley, hacer algo para obligar á ese insensato á que respete su vida? No; debe cruzarse de brazos y presenciar impávido la catástrofe: « nadie puede obligar á otro á que haga lo que solo para él es un bien. »

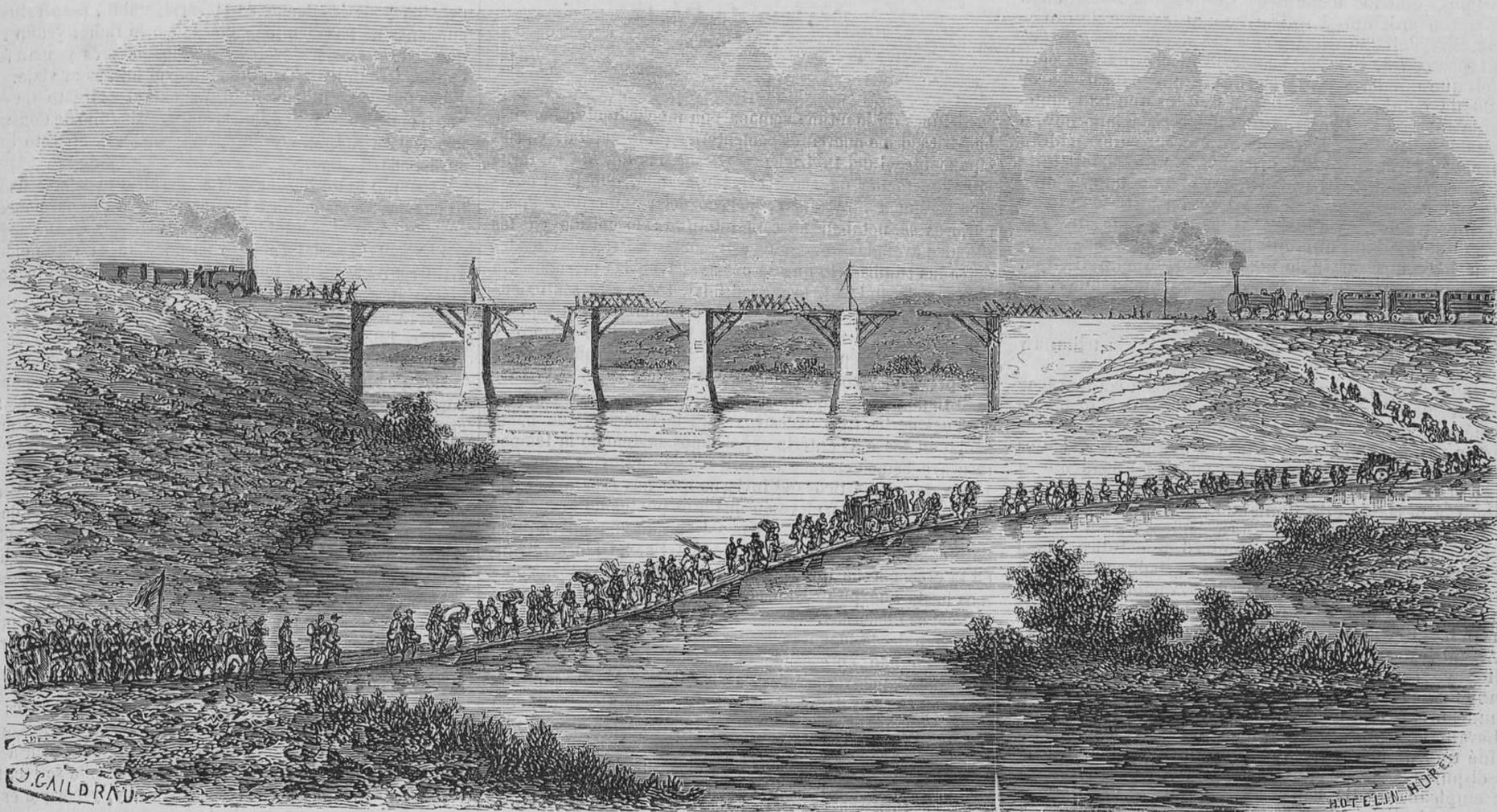
Un hijo desnaturalizado se dispone á clavar el puñal en el pecho de su padre; ¿no podreis detener su brazo parricida? No: « nadie tiene el derecho de impedir que obre al que quiere cometer una accion inmoral. » La mano de Otelio tiembla, su espíritu vacila desgarrado por el choque de opuestos sentimientos; todavía puede triunfar el amor de la cólera, la virtud del crimen; presenciemos tranquilos y gozosos esa lucha; es menester esperar para juzgarle á que mate á la infeliz Desdémona: es un sér libre, y hay que dejarle la gloria ó la ignominia de sus actos.

¿Y qué hará el alcalde de una capital populosa y culta? ¿Mandaré á prevencion á los vecinos, en un día de conmocion popular, que franqueen sus casas á la fuerza ciudadana que se mantiene leal, ó la dejaré expuesta á ser barrida por la metralla de los insurrectos, á trueque de no quebrantar la inviolabilidad del domicilio? ¿Dejaré que los pueblos pululen por las calles importunando al transeunte, y dando una triste idea de la cultura del país, ó crearé asilos de mendicidad? ¿Pero es por ventura un crimen invocar la caridad? ¿Quién tiene derecho para limitar la santa libertad del mendigo, que exhibe sus harapos y deformidades para excitar la compasion del rico, y extiende su mano descarnada pidiendo una limosna por amor de Dios?

¿Y qué hará el poder público si hay síntomas de que los rebeldes van á lanzarse al campo fraccionados en partidas, que traen á la memoria los horrores de una guerra civil? ¿Qué hará, si noticioso de que el jefe de una dinastía vencida derrama el oro en los cuarteles, sabe que varios sargentos proponen á sus compañeros de armas una sublevacion?

Para nosotros, los de la antigua escuela, que admitimos sustancialmente las teorías de Rossi, realizadas en los Códigos modernos, no es dudoso este último caso. En la escala del crimen hay muchos grados que recorrer desde su concepcion hasta su consumacion; hay, ó puede haber, la resolucion interior, la proposicion, la deliberacion entre muchos, la conspiracion, la tentativa, el delito frustrado. ¿Cuándo debe empezar la accion del poder social? Para nosotros, la proposicion del sargento y la deliberacion de varios sargentos, son hechos justiciables, son delitos. ¿Pueden decir lo mismo los absolutistas del derecho? No; ó no es absoluta la libertad de la accion; no, ó no es cierto « que nadie pueda impedir que obre al que quiere cometer una accion inmoral. »

Y si se trata de un país tan sin ventura, que tenga siempre partidos vencidos y emigrados, que conspiren contra el sosiego público desde tierra extraña, ¿podrá pedirse á un gobierno amigo que aleje de la frontera á los parciales mas activos é influyentes? ¿Con qué derecho? Los emigrados respetan agradecidos los leyes de la nacion que les ha dado una generosa hospitalidad. Invernálos para precaver una conspiracion contra el gobierno establecido en su patria, es atentar á su libertad. ¿Y...? pero basta, basta de preguntas: harto os he fatigado ya. Conste, sin embargo, que con solo ampliar el interrogatorio, quedaria demostrado que la nocion del Estado de los modernos individualistas es tal, que no solo deja desarmado é indefenso el poder público, sino que hace imposible la ciencia jurídica en todos sus ramos; derecho civil, derecho penal, derecho de proce-



Sucesos de España. — El puente del ferro-carril de Barcelona á Madrid sobre el Cardone, destruido por los insurrectos.

Reunion pública en Paris

EL 18 DE OCTUBRE.

Entre las reuniones públicas que desde hace algun tiempo se vienen celebrando en Paris todos los dias, ha habido una el 18 de octubre en Clichy, donde se pro-

dujo un debate que ha conmovido sobremanera, y que por lo tanto merece que su recuerdo se consigne por medio del grabado. Dejamos la palabra al periódico la *Patrie*:

La reunion se componia de unas 500 personas, la mayor parte de ellas pertenecientes á la mas avanzada demagogia.

En virtud de la invitacion que se les hizo, acudieron

los diputados MM. Bancel, Pelletan, J. Simon, Ferry y Jouvenel.

El presidente, M. Milliere, dió lectura del acta de la comision encargada de invitar para esa reunion á todos los diputados del Sena, y de una carta de M. Julio Favre, en la que este contesta que habia obrado segun su conciencia, y que nada tenia que decir. Esta carta promovió una tempestad de insultos y amenazas.



PARIS. — La reunion pública del 18 de octubre en el bulevar Clichy.

La actitud y las manifestaciones de la Asamblea fueron tales, que los disputados que en ella se hallaban estuvieron próximos á retirarse, y al tratarse de impedirlo, Mr. Pelletan exclamó: «¿Es decir, que estamos aquí presos?». — «No», contestó el presidente; pero teneis que quedaros y explicarnos lo que pensais hacer el 26 de octubre. Se nos figura que los que han cometido la infamia de firmar el manifiesto redactado hoy en casa de M. Julio Favre, no van á creer que podrán marchar al frente de nosotros cuando demos batalla al poder ejecutivo. Si yo viese á alguno tener semejante audacia, le abrasaria los sesos; pues que todos son unos traidores y unos cobardes. Pero queremos saber lo que piensan, queremos, sobre todo, saber si imaginan hacernos servir de juguete por mucho tiempo. Demasiado hemos sufrido y esperado; concluyamos. Ha llegado ya el día de la justicia del pueblo; ciudadanos, como sois, debeis obedecerle.»

Pálido y temblando, M. Pelletan subió á la tribuna y dijo:

«Ciudadanos: si en vez de obligarnos á comparecer se nos hubiese invitado á ello, todos nuestros colegas de oposicion hubieran venido aquí entre nosotros. Somos cinco que hemos obedecido vuestro mandato y podemos emplear esta palabra, pues que vuestro presidente se constituye en fiscal contra nosotros.»

Pero, á pesar de esto, teniendo en cuenta el interés de la democracia, hemos venido á deciros: «No caigais en el lazo que se ostiende para el 26 de octubre, pues perceriais en él y perderiais esas libertades que hemos arrancado á ese poder, cuya conservacion queremos tan poco como vosotros, y al cual es preciso saber soportar hasta ocasion mas oportuna.»

Al oír estas palabras, ahogaron la voz del orador gritos y silbidos. «¡Callad, cobarde! se le decia, cuando no se tiene valor para desempeñar un cargo, se renuncia.»

Levantando entonces la voz M. Cournet, expuso que él fué uno de los comisionados que pasaron á casa de los disputados, y que le parecia que el ciudadano Pelletan empleaba medios capciosos, que eludía las preguntas que se le dirigian y que se apartaba del objeto de la reunion.

«Que nos diga con toda claridad, exclamó, qué es lo que quiere hacer de ese infame poder personal abandonado y aborrecido por nosotros. Es preciso acabar con él, el momento es oportuno; díganos categóricamente nuestros mandatarios qué fin se proponen al aconsejarnos permanecer con el arma al brazo el 26 de octubre, cuando desplegando energia, tan fácil seria triunfar.»

M. Pelletan hizo un esfuerzo para contestar, mostrándose muy embarazado al dar sus explicaciones, y abandonó la tribuna en medio de una gran gritería.

M. Bancel ocupó su puesto y consiguió hacerse escuchar algunos instantes.

«¿Podeis sospechar de mí, dijo, de mí, de un proscrito, que el 13 de mayo impulsé la proclamacion de la república?»

Ese poder yo le detesto como vosotros, le desprecio como vosotros. Nunca olvidaré las lágrimas que ha hecho derramar, la sangre que ha hecho correr.

Yo le tengo prestado juramento, se dice, pero este juramento no lo presté al poder personal, sino á la nacion y al sufragio universal. Se ha atacado á los hombres que dieron la señal de la insurreccion el 15 de junio; mas no son ellos los que se han hecho dignos de desprecio, sino los que se han aprovechado de su derrota y que son unos pícaros, unos infames, unos malvados.

No está lejano el día en que caigan por si mismos; por esto no os digo que comparezcáis el 26 de octubre; no olvideis que una revolucion anunciada de antemano solo puede producir víctimas.»

Interpelado directamente por M. Lefrançais sobre su silencio en el momento de prorogar las sesiones de la Cámara, M. Bancel se oyó apostrofar por M. Briosne á poca diferencia en estos términos:

«Preguntaré al ciudadano Bancel: ¿qué hizo cuando fué disuelta la Cámara? ¿No se negó á marchar con el pueblo? Así, pues, no se figure que necesitamos sus consejos. Como los demás, ha faltado á su mandato y es un infame. Bancel, estad seguro de que el pueblo no os aguardará y avanzará sin vos. Se lo prometisteis todo para ser elegidos, y habeis faltado á todas vuestras promesas. Retiraos, cobarde, porque ya no merecis nuestra confianza.»

«Dejad á todos esos diputados sin valor ni corazon, dijo á su vez M. Breuille. ¡A las armas! Marchemos adonde nos llama el deber. No faltemos el 26 á la cita; es la fiesta del pueblo, y el pueblo no faltará.»

M. Ferry y M. Julio Simon pronunciaron tambien algunas palabras en el mismo sentido que M. Bancel. M. Julio Simon hizo observar que se habian separado en la discusion de la orden del día, añadiendo que habia acudido á la reunion para dar su parecer sobre lo que debia hacerse el día 26.

En su alma y en su conciencia creyó que esa manifestacion era imposible en esta fecha. El sitio escogido no se presta á ella, y el gobierno que está sobre aviso, se halla dispuesto á impedirlo.

M. Lefrançais replicó á MM. J. Ferry y J. Simon, tratándoles de «cobardes y vendidos.»

Los diputados pidieron permiso para retirarse. La reunion acordó que se les dejase salir, pero que continuase la discusion.

A pesar de este acuerdo todos los concurrentes se retiraron al marcharse los diputados,

Revista de Paris.

El lunes de la última semana una muchedumbre inmensa ha visitado los diferentes cementerios de la capital, y principalmente el del P. Lachaise. Desde las dos de la tarde la aglomeracion de gente era tan grande, que la circulacion se hacia muy difícil, por no decir imposible. Pocos curiosos se notaban en esta multitud: lo mismo en las grandes avenidas que en los estrechos senderos practicados entre las tumbas, lo que se observaba en las personas era el amor, la amistad, la piedad filial, todos esos sentimientos que viven de la ternura de los recuerdos. Era aquello como una larga, una interminable procesion de suspiros y lágrimas: los sepulcros aparecian llenos de ramilletes de siemprevivas y coronas fúnebres.

El tiempo era propicio para esta peregrinacion piadosa. Despues de los frios excesivos para la estacion que habia hecho en los días anteriores, el lunes se templó la temperatura y hemos entrado en un período de lluvias. Sin embargo, los pronósticos del invierno que nos espera son terribles. Ya ha caido nieve en distintos puntos de Francia, y todos los días los periódicos nos traen alguna nueva señal para confirmar aquellos vaticinios. Así se ha ido arraigando la creencia de que tendremos frios nunca vistos. Veremos hasta qué punto son acertados estos cálculos de los astrólogos modernos.

Lo que desde luego podemos decir es que las primeras nieves no han apresurado el regreso de los parisienses. Paris no da todavía señales de vida. El emperador continúa en Compiègne, y la emperatriz ha salido de Constantinopla con direccion á Egipto, que es en la actualidad el punto de reunion de las grandes celebridades europeas, con motivo de la apertura del istmo, que tendrá lugar el 17 de noviembre. Las correspondencias de la brillante ciudad de los sultanes continúan trayendo á Paris interesantes pormenores sobre las fiestas con que se ha obsequiado allí á la emperatriz Eugenia.

El aspecto que ha ofrecido Constantinopla en todos esos días ha sido el de una fiesta continua.

Ya conocen nuestros lectores el suntuoso palacio de Bayerbey, que se dió por residencia á la emperatriz de los franceses. En los magníficos salones de ese palacio tuvo lugar una brillante recepcion del cuerpo diplomático, á la que asistian las señoras de los embajadores.

El mismo día la emperatriz fué á ver el séquito del sultan que se dirigia desde el palacio de Dolme-Baktche á la mezquita de Bechik-Tach, y por la tarde hizo una excursion á las Aguas Dulces de Europa y á las Aguas Dulces de Asia.

Luego hubo una revista en Hunkior Eskelessi, sobre la cual los corresponsales cuentan maravillas. Es preciso, dicen, haber visto el vasto y magnífico llano de Hunkior Eskelessi; es preciso haber visto el kiosco construido para la emperatriz, para poder darse cuenta de lo que debia ser esta solemnidad militar. La emperatriz admiró mucho el buen porte de las tropas y el buen orden con que han desfilado. Formaron 22,000 hombres de todas armas. El Serdar Ekrem Omer-baja mandaba en jefe.

Terminada la revista, hubo un banquete de confianza en el kiosco imperial de Beicar, desde donde la emperatriz pudo contemplar por la noche las iluminaciones del campo y las del Bósforo. Esta parte de la fiesta era una verdadera aparicion encantada. Varias veces la emperatriz dijo al sultan que todo aquello parecia un sueño.

El domingo la emperatriz fué á Pera, en donde se la esperaba para asistir á los divinos oficios en la iglesia armenia unida. S. M. fué recibida á la puerta de la iglesia por el patriarca Mons. Hassoum, al frente de su clero. La iglesia habia sido ricamente adornada con colgaduras para esta circunstancia, y á la derecha del altar mayor se veia una copia de un cuadro de Rafael en tapices de Gobelinos, representando la Transfiguracion, y que la emperatriz acababa de regalar á dicha iglesia.

Terminada la misa, la emperatriz fué á la embajada de Francia, en donde recibió al cuerpo diplomático de su país, al clero francés y á los superiores de los conventos y demás establecimientos del culto católico de la capital: en seguida regresó á Bayerbey, y de allí fué por la noche á Dolma Baktche, donde en su obsequio se daba un gran banquete diplomático.

El lunes aceptó un desayuno que le ofreció el sultan en Alem-Dagk, montaña situada detrás de Escutari, y desde donde se disfruta de un punto de vista quizás sin rival en el mundo.

Le ha faltado tiempo á la emperatriz para ver todas las curiosidades de la capital. Ha visitado los bazares, la Casa de Moneda, la guardaropía, cuyas maravillas en objetos raros y preciosos han excitado su admiracion, la mezquita de Santa Sofia; y antes de embarcarse, fué á ver el nuevo palacio imperial de Tcherazan; pero á esto se han limitado todas las excursiones de la ilustre viajera. Ha sentido mucho no haber podido visitar el Bósforo superior, la entrada del mar Negro, las inmediaciones de Constantinopla, y otras particularidades interesantes de la capital otomana. Las invitaciones y las visitas del sultan y de la sultana madre, las recepciones y ceremonias oficiales se llevaban la mayor parte del tiempo. A veces al anochecer, á la luz de la luna

y merced al magnífico tiempo que hacia, se complacia en recorrer en lancha el Bósforo en compañía de las señoritas de Alba y de las damas de la servidumbre, pero estas excursiones no pasaban mas allá de cierto radio, y aun tenia que ocultarlas para sustraerse á los honores y manifestaciones. La etiqueta ha quitado mucho interés al viaje.

Por fin, como dijimos al principiar el extracto de estas noticias de Constantinopla, la emperatriz salió de Constantinopla para Egipto, con la misma pompa y aparato que á su llegada.

El sultan fué á buscar á la emperatriz al palacio de Bayerbey para conducirla á bordo del buque, y permaneció á su lado hasta el instante de la partida.

El yacht imperial se puso en marcha al estampido de artillería de todos los buques de la escuadra, que luego formaron su escolta hasta los Dardanelos.

Ahora esperamos las noticias de Egipto.

Entre tanto volveremos á las cosas de Paris, donde rara vez es completamente estéril el campo de la crónica.

Hoy por hoy ha llegado á nuestras manos un documento curioso: es una carta de Rossini fechada en Passy el 8 de agosto de 1868, y dirigida al joven maestro Constantino Dall'Argine, que habia tenido la idea de componer otro *Barbero de Sevilla*.

Esta podría llamarse la historia del tercero en discordia, pues sabido es que al *Barbero* de Rossini precedió el de Paisiello, y sabido es tambien cuánto perjudicó este antecedente al novel compositor, que, sin embargo, debia eclipsar con su nueva partitura la obra conocida.

Mucho se habló entonces contra Rossini, por haberse atrevido á poner en música un argumento que habia aprovechado ya el célebre maestro Paisiello; llamáronle ignorante y vanidoso, y en la primera representacion obtuvo su ópera un fracaso completo.

Todo esto es sabido en todo el mundo; pero lo es menos la historia del *Barbero de Sevilla*, hecha por Rossini, y que encontramos en una carta que vamos á traducir á continuacion, antes de dar la otra, porque en ella se rectifican ciertos errores muy acreditados hasta hoy, y porque es, como si dijéramos, una excelente introduccion á la segunda.

Rossini escribe á su amigo Scitiaux, que le habia pedido una relacion sobre la época en que dió á luz su obra maestra, sobre las circunstancias que la acompañaron, cómo fué recibida la primera noche, etc.; carta que Rossini fecha en Paris el 20 de marzo de 1860.

Dice así:

«Fui llamado á Roma en 1815 para componer con destino al teatro Valle, la ópera de *Torvaldo et Dorliska*, que obtuvo buen éxito, siendo mis intérpretes Galli, Donzelli y Remorini, las voces mas hermosas que he oido en mi vida. El duque Cesarini, propietario del teatro Argentina y empresario en la misma estacion de carnaval, hacia tan mal negocio con su empresa, que me propuso le escribiera á toda prisa una ópera para el fin de aquella temporada, y habiendo aceptado yo, me asocié con Sterbini, secretario de tesorería y poeta, para buscar un argumento, eleccion que recayó en el *Barbero de Sevilla*. Inmediatamente puse manos á la obra, y en trece días estuvo hecho el trabajo. Mis intérpretes fueron Garcia, Zamboni y la Giogi Righetti, los tres á cual mas valerosos. Escribí una carta á Paisiello, declarándole que no habia querido entrar en competencia con él, pues conocia mi inferioridad, y si solo tratar un asunto que me agradaba, evitando en lo posible las mismas situaciones de su libretto, y dado este paso, me creí al abrigo de la crítica de sus amigos y de sus legítimos admiradores. Pero me engañaba. En cuanto salió mi ópera, se precipitaron como fieras contra el imberbe maestrino, y la primera representacion fué de las mas tempestuosas. Sin embargo, no me turbé, y mientras silbaba el público, yo aplaudia á mis ejecutantes. Pasada la tormenta, mi *Barbero*, que tenia una excelente navaja (Beaumarchais), hizo tan bien la barba á los romanos, que me llevaron en triunfo (Frase teatral).»

Hé ahí la historia contada por el mismo Rossini, y que nos complacemos en divulgar, siquiera sea para desvanecer el error de que Rossini al apoderarse del argumento tratado por Paisiello, ni siquiera habia tenido la atencion de excusarse. En esas breves líneas no solo se excusa, sino que se justifica ampliamente. No quiso entrar en lucha con Paisiello, sino lisa y llanamente poner en música un argumento que era de su agrado.

Ahora vamos á ver lo que dice al joven y oscuro compositor que, despues de haberse atrevido á escribir el tercer *Barbero de Sevilla*, y habiendo ya encontrado un teatro abierto para su ejecucion, pidió á Rossini que le permitiera dedicarle su obra.

Habla Rossini:

«He recibido vuestra amabilísima carta del 2 del corriente. No me era desconocido vuestro nombre, pues hace algun tiempo ha llegado hasta mis oídos el ruido del brillante éxito que habeis alcanzado con vuestra ópera *I due Orsi*; de modo que me es muy agradable vuestro testimonio de estimacion, ya que teneis á bien (¡y por ello os llamais osado!) dedicarme la obra que habeis concluido.

» Nada supérfluo, si se exceptúa esa *osadia*, encuentro en vuestra afable carta. Seguramente yo no me creí osado cuando puse en música, en doce días, *dopo il papà* Paisiello, la graciosa comedia de Beaumarchais. ¿Por qué lo seriais

vos, que al cabo de mas de medio siglo escribís musicalmente otro *Barbero*?

» No hace mucho han representado en Paris el de Paisiello, y con sus brillantes melodías, su espontaneidad y su gracia, ha obtenido un triunfo grande y merecido. Muchas polémicas y muchas discusiones se han suscitado y se suscitan aun entre los aficionados á la música antigua y moderna. Vos debeis ateneros (tal es mi consejo) al conocido proverbio que dice: *Entre deux plaideurs, un troisième profite*. Tened por seguro que anhelo seais vos ese tercero. Que vuestro nuevo *Barbero* salga tan bien como deseo, y asegure á su autor y á nuestra patria comun una gloria imperecedera.»

Y Rossini concluye dando gracias por la dedicatoria del tercer *Barbero*.

Esa es la carta. En realidad Rossini, cuando escribió su partitura inmortal del *Barbero de Sevilla*, no temió mas la obra de Paisiello que en 1868 ha temido la del joven compositor que, sea dicho entre paréntesis, ha pasado desapercibida en el mundo lírico. Pero de todos modos, las dos cartas que acabamos de traducir, tomando su texto de la *Gaceta musical*, prueban que, como hombre *d'esprit*, en ambas ocasiones supo perfectamente cubrir las apariencias.

Los teatros de Paris se animan cada vez mas: esta es la época favorable para ellos, pues aun no han comenzado las reuniones, y las noches son bastantes largas para que se busque un entretenimiento.

La novedad de la semana es un drama en cinco actos, de M. d'Ennery, titulado *el Domador*, y que ha sido estrenado en el Ambigu con feliz éxito.

M. d'Ennery es un maestro sin igual en esta clase de literatura melodramática. Su inventiva no se agota jamás, y verdaderamente, su teatro puede competir con una colección de causas célebres.

¡Qué de asesinatos, qué de envenenamientos, parricidios, infanticidios y demás monstruosidades!

Y luego, ¡con qué arte sabe calcular los efectos que han de producir estos horrores en el público especial aficionado á esos cuadros terribles, en los que resalta en primer término la perversidad humana!

Cierto es tambien, que á la vuelta de estas abominaciones encontramos siempre la virtud hollada, escarnecida, vilipendiada, pero no vencida, pues al contrario, el triunfo definitivo es para ella.

Otra condicion del melodrama es la complicacion del argumento. Reñido con la sencillez, con la verosimilitud principalmente, el melodrama se pierde en aventuras que ocultan hasta el último instante el desenlace. Si se adivina el fin, el autor está perdido.

Ahora bien, esta aglomeracion de acontecimientos y de intrigas hace que el análisis sea difícil, y precisamente el del *Domador* no hace excepcion á la regla, muy al contrario, gracias que el espectador mas atento pueda conservar en su memoria la ilacion de sucesos que las mas veces ni se explican ni se justifican en manera alguna.

Figúrense nuestros lectores la eterna y conocida intriga de una criatura de padres desconocidos, y de un testamento robado, y tendrán la base fundamental de la nueva obra.

El protagonista es un tipo que sale de lo ordinario. El género humano, y sobre todo su mas bella mitad, le causa un horror indecible, y así es que huye de los lugares habitados para hacer amistad con las fieras que, á su juicio, poseen las virtudes y buenas cualidades que les faltan al hombre y la mujer.

Así sucede, que su único y verdadero amigo es un tigre que le salvó de un rival á cuyas manos estaba á punto de perecer; y como la justicia tomó cartas en el asunto, envió al domador que peleaba con semejante asistente á la Luisiana, en las épocas en que habia allí una colonia penitenciaria, esto es, bajo el reinado de Luis XV.

Pero hé aquí que llegado á la Luisiana, el domador tiene que casarse, aumento de penalidad que le exaspera hasta un punto indescriptible.

¿Con que el misántropo que aborrece á la mujer ha de tomar esposa?

No hay mas remedio, la ley lo quiere así, y habiéndose echado suertes, le viene á corresponder justamente la que ama aquel oficial que le insultó y que tiene la culpa de todas sus desgracias, la criatura perdida al nacer, la heroína inocente de la pieza.

— Me vengaré, dice el domador, cuando descubre quién es su esposa.

Pero ¡ay! habia contado sin la huésped: el amor domina al domador que se reconcilia con el género humano, sobre todo cuando tiene ocasion de ver cómo la Providencia castiga la traicion y premia las virtudes de los hombres y las mujeres.

No se juzgue por este descarnado análisis lo que es el intrincado argumento del *Domador*, lleno de situaciones interesantes, ora patéticas, ora jocosas, interpretadas perfectamente por Dumaine que está admirable en el papel de protagonista, por madama Lia Félix, madama Marie Laurent y Castellano.

En el Gimnasio tenemos que señalar un triunfo de otro género con una preciosa comedia titulada: *Froufrou*, de que hablaremos la semana próxima; es un estudio de costumbres parisienses acabado y perfecto.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

ACHORÓZ.

(TRADICION VASCONGADA.)

(Continuacion.)

— Capaz será de un proceder villano,
Mas entonces la púdica doncella
Le sabrá resistir.

— Empeño vano;
Apelará á la fuerza.

— El labio sella.
— ¿Te persuades que un título le abona
Que á nadie falta si le abunda el oro?
Tan soñado es su timbre y su corona
Como su triunfo sobre el campo moro;
¡A mi reto responde su desvío!
Comprendo; en fin, que á la hidalguía ajeno,
Es un reptil que por el bosque umbrío
Callado escupe su mortal veneno;
¡Poder de Dios! si osado á entrar acierta
Con la sed de venganza que le halaga,
Su lengua impura adornará esa puerta
Clavada con la punta de mi daga.
Sin conocer tu padre á su sobrino
Le supone cumplido caballero,
Llevado por el cuento peregrino
Que hace invencible su cobarde acero;
Tiéndame el cielo su piadosa mano,
O atropello por todo sin cordura,
Al ver la buena fe del triste anciano
Cual sorprende grosera la impostura.
— Yo en la cordura de tus palabras fio,
Descendamos los dos por esa escala.
— Yo tambien quiero que huyas, amor mio,
Del riesgo que te espera en esta sala.
Para frustrar su criminal intento
Yo tu escudo seré, seré tu guía.
— Vámonos, que de Oñate en el convento
Nos sorprenda la luz del nuevo día.

IV.

Cual avecilla
Que con recelo
Deja su nido,
Tiende su vuelo
Y huye espantada
De la mirada
Con que le acecha
Su cazador:
Tal ve Ramiro
Que no sosiega
La enamorada
De su fe ciega,
Y en tiernos lazos
Carga en sus brazos
El dulce peso
De su Leonor.

Para los que aman
Es este mundo
Páramo triste,
Que da fecundo,
Que ofrece solo
De llanto y dolo
Horas menguadas,
Horas de afan,
Nuestro planeta
¡Pobre el que habita
Si abrasadora
La sed le agita
De los amores,
Que en mústias flores
Volubles brisas
Convertirán!

Cielo abreviado
Finge esa gloria,
Y aunque su dicha

Sea ilusoria,
Siempre procura
Cierta ventura,
Dando al espíritu
Sueños de amor;
Quien su esperanza
Vea perdida,
Contemplar puede
Que son en vida
Los corazones
Sin ilusiones
Cielo sin astro,
Campo sin flor.

Son los amores
Fruta del cielo,
Los dioses hacen
Descienda al suelo,
Mas los profana
La raza humana
Que indiferente
Su origen ve;
No al siglo nuestro
Su rumbo peta,
Pues visionario
Llama al poeta,
Que á los amores
Vierte sus flores,
Quema su incienso
Guarda su fe.

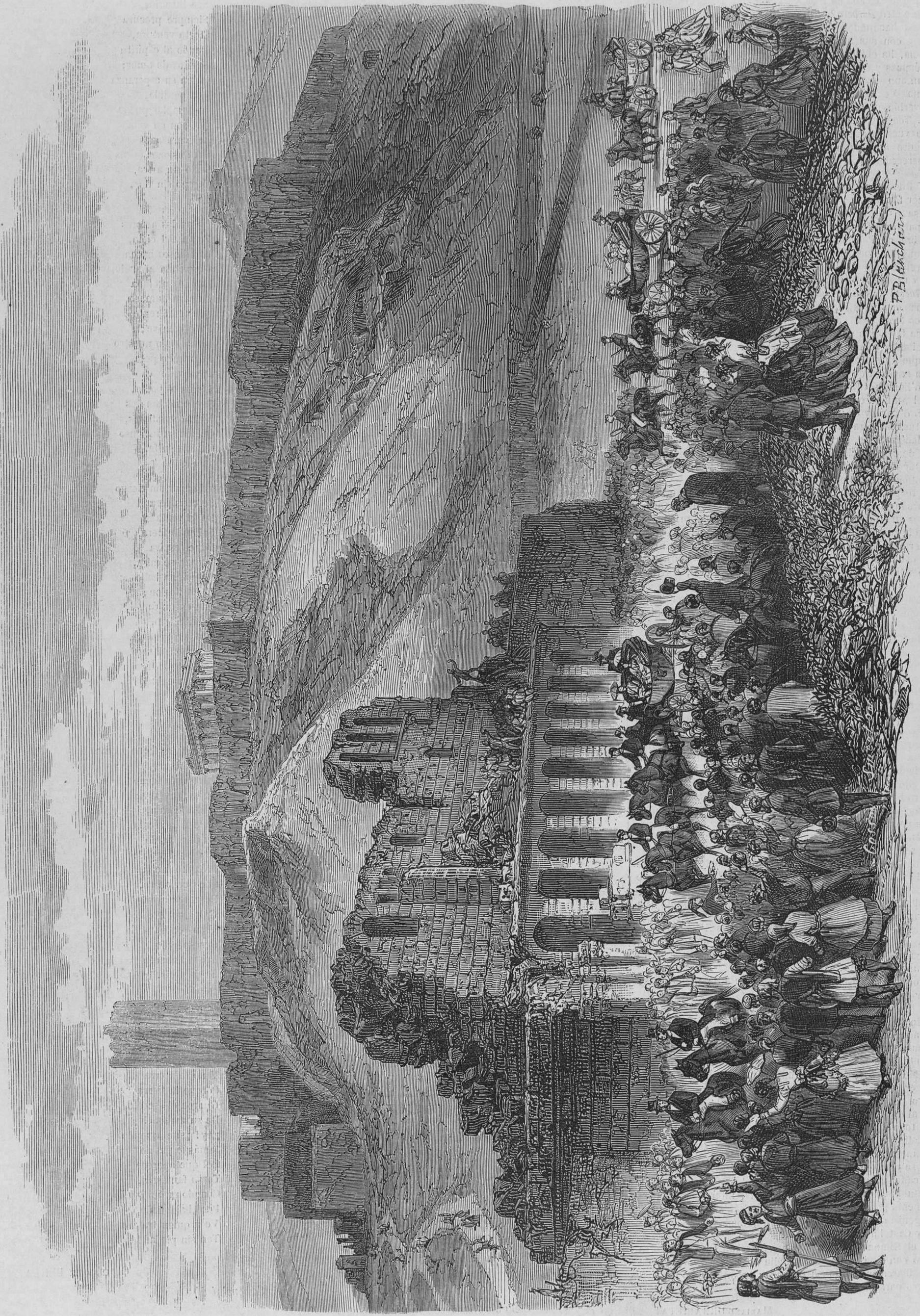
Leonor sin riesgo
Se considera
De la ventana
Saliendo fuera,
Libre respira
Porque se mira
Al prisma bello
De la ilusion;
Ella es un ángel,
Él caballero,
A quien consagra
Su amor sincero,
Comprende á su alma,
Por eso calma
Fuerte el latido
Del corazón.

Pero ¡ay! que asoma
Negra figura,
Que desde luego
Su mal augura;
Cruza la sala,
Guía á la escala
Su paso tardo
Como un reptil:
Próximo á ella
Saca un acero,
Descarga al punto
Golpe certero,
Y en son pausado
Desesperado
Triste lamento
Se deja oír.

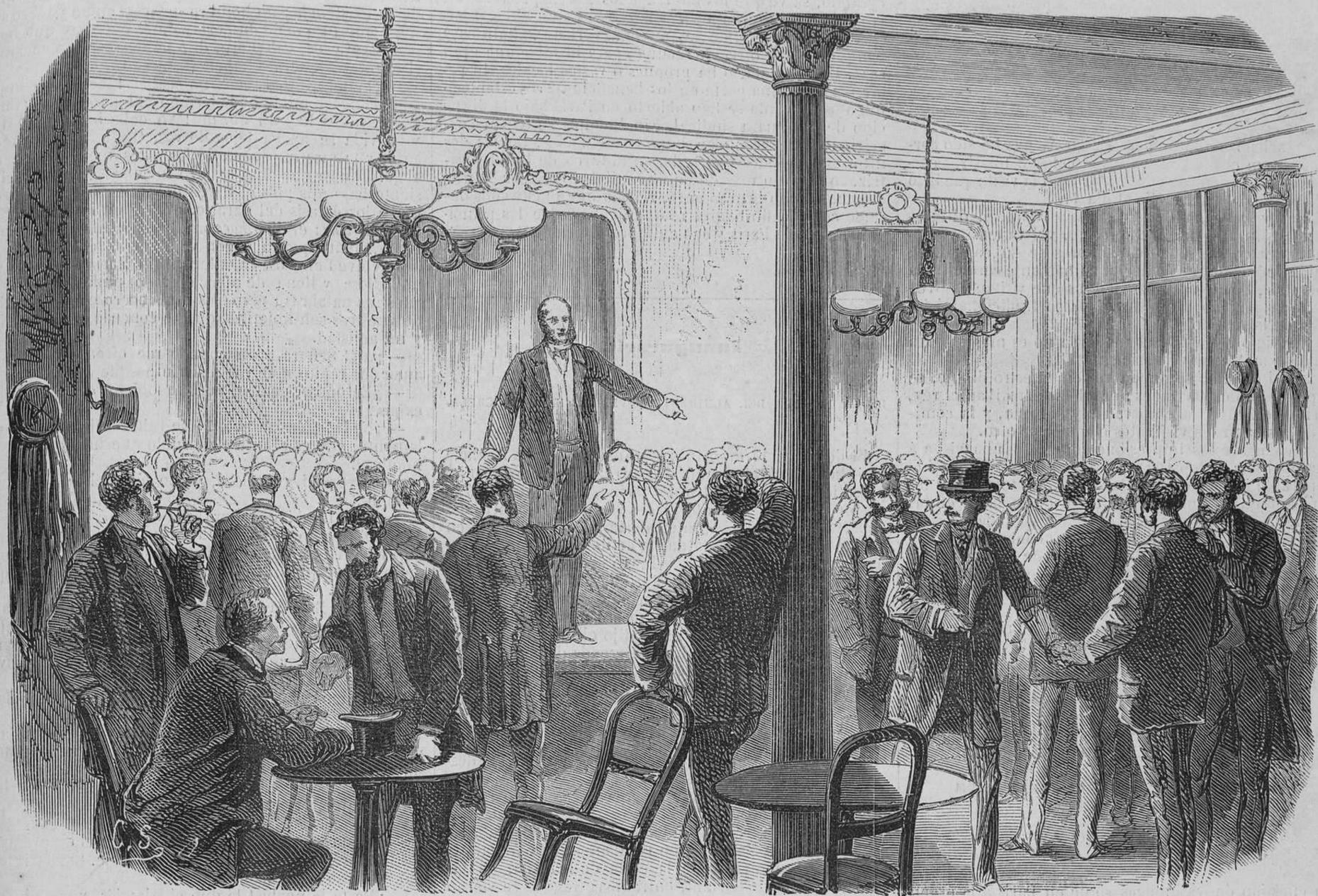
¡Ay del que siendo
Torpe asesino
Mancha de sangre
Ve en su camino,
Y no le aterra
Porque la tierra
Guarda el secreto
De su maldad!
¡Ay! ¡si el quejido
Jamás le pasma
Del que aparece
Torvo fantasma,
Cuando en un sueño
Poco halagüeño,
Ve á quien tratara
Tan sin piedad!

OBDULIO DE PEREA,

(Se concluirá.)



GRECIA. — S. M. la emperatriz Eugenia visitando la Acrópolis de Atenas.



PARIS. — La huelga de los dependientes en el comercio de novedades. — Reunion en el café de los Mercados Centrales.



LA ROCHELA. — Ceremonia de inauguracion de la estatua del almirante Duperré.

Viaje á Oriente

DE S. M. LA EMPERATRIZ EUGENIA.

La aparicion de la emperatriz en Atenas ha sido cortisima; y sin embargo, gracias al celo de nuestros responsables, podemos representar aquí la visita que hizo Su Majestad á la Acrópolis el día 11.

El rey y la reina de Grecia, que viajaban últimamente en las islas del Archipiélago, volvieron á Atenas para hacer en persona los honores de su capital. La acogida fué, como en Venecia, sumamente cordial, y la emperatriz, como todos los viajeros que visitan la Grecia, no ha dejado de hacer el paseo tradicional á las ruinas de la Acrópolis.

El prestigio de la Atenas moderna no es mas que un reflejo de la Atenas de Pericles.

El séquito, como se puede ver en nuestro dibujo, se componia de dos carruajes: en el primero iban el rey, el príncipe Murat, la emperatriz y la reina, y la comitiva de los augustos visitantes ocupaba el otro.

Conocidas son las impresiones que deja una visita á la Acrópolis. « Todo calla, dice Lamartine, ante la incomparable impresion del Partenon, ese templo de los templos, ese tipo único y exclusivo de lo bello en las artes de la arquitectura. Lo que de él queda es suficiente para que se comprenda que es el poema mas perfecto escrito en piedra, de todos los que existen en la superficie del mundo. El aspecto del Partenon pone en evidencia, mas que la historia, la grandeza colosal de un pueblo. »

Las fiestas de Constantinopla han sido brillantísimas; pero las magnificencias de la hospitalidad oriental no tienen nada seguramente que pueda luchar con tales recuerdos. P. P.

La huelga de los dependientes

EN EL COMERCIO DE NOVEDADES.

La cuestion de las huelgas sigue en Paris á la órden del día. Calmada en un punto, aparece en otro: despues de la huelga de los dependientes en el comercio de novedades, viene la de los quincalleros, luego la de los doradores en madera, y algunos periódicos anuncian que se preparan otras todavía.

Y cuanto mas se desarrolla el movimiento, mas claro aparece el carácter de estrecha mancomunidad que une los intereses de las diferentes clases de trabajadores. En los congresos celebrados por las sociedades obreras, se ha visto que las asociaciones cooperativas han constituido una corriente de informaciones que sostiene y fortifica la causa del trabajo contra el capital.

En la actualidad se trata de crear un lazo entre todas las sociedades obreras de Francia. Se va á proponer la federacion de las sociedades cooperativas en una asamblea, por los delegados de las asociaciones obreras. Estos deben publicar muy luego un manifiesto dirigido á los miembros de las asociaciones que representan, á los de las sociedades provinciales, y tambien á las corporaciones obreras no constituidas aun, invitándoles á que solo compren en las tiendas de la sociedad que van á abrir los dependientes de comercio.

En presencia de tal antagonismo, lo mejor que se puede hacer es recordar el principio, que debe ser la regla invariable de los interesados: respeto al capital; puesto que al cabo y al fin, á adquirirle tiende el trabajo; y respeto al trabajo que busca por vias legítimas, la mejora de su condicion.

En cuanto á la huelga de los dependientes de comercio que nos ocupa, diremos que no se ha arreglado. Los amos parecen resueltos á no ceder disminuyendo las horas de trabajo, como quieren los dependientes, y las casas abandonadas reemplazan el personal con mozos de las provincias y con mujeres.

La cámara sindical de los dependientes cuida de los intereses que le están encomendados, con una inteligencia y una actividad extraordinarias.

La escena que representa nuestro dibujo lo demuestra. Era en los primeros días de la cesacion del trabajo. En algunas tiendas, algunos jóvenes que no ganaban sueldo, y estaban solo por la casa y la comida, manifestaron intenciones de tomar parte en la huelga. Inmediatamente fueron despedidos, é informado de ello el sindicato, los dependientes se reunieron el 16 por la noche en crecido número en el café de los Mercados Centrales. Aquí cada uno de ellos ofreció la hospitalidad á los jóvenes sin asilo, mientras los buscaba habitacion la cámara sindical en distintos hoteles de Paris.

M. Allegre, tesorero de la cámara, subió á una mesa del café de los Mercados, y dijo á la reunion:

« Les que no tienen donde acostarse esta noche, que pasen á la derecha, y los que puedan ofrecer la hospitalidad, á la izquierda. »

Unos veinte mancebos encontraron al punto domicilio en las casas de sus compañeros. Los demás se habian ya procurado habitacion durante el día. Por este

ejemplo, se ve que los desocupados saben prestarse en la crisis un mútuo apoyo.

Además, hay quien les auxilia. Varios capitalistas y banqueros han ofrecido recursos para instalar una gran casa. Un propietario ha propuesto vastos locales sin pedir mas que una parte en los beneficios. Tres establecimientos de venta se han abierto en Paris bajo la direccion de la cámara sindical. Finalmente, se hacen suscripciones que producen buenos resultados. En las dos últimas reuniones que hubo en el Circo de la Emperatriz, se sacaron mas de quince mil francos. Por lo que dejamos dicho brevemente, resulta que puede considerarse como definitivo el rompimiento entre las principales casas de Paris y sus antiguos dependientes.

H. V.

Inauguracion

DE LA ESTATUA DEL ALMIRANTE DUPERRÉ, EN LA ROCHELA.

El domingo 17 de octubre se inauguró en la Rochela la estatua del almirante Duperré, y esta ceremonia, presidida por el ministro de Marina, habia reunido á la mayor parte de las autoridades civiles y militares del departamento del Charente Inferior. En el momento en que se descubrió la estatua, la artillería hizo una salva de diez y siete cañonazos, y luego el almirante Rigault de Genouilly, ministro de Marina, pronunció un discurso en que recordó los principales rasgos de la gloriosa carrera del almirante Duperré.

« Hace treinta y nueve años, dijo el ministro, la ciudad de la Rochela regalaba una espada de honor á uno de sus hijos, marino ilustre que acababa de conquistar el baston de almirante en la gloriosa expedicion que dió Argel á la Francia. »

Con efecto, es uno de los grandes recuerdos del marino, que á la edad de diez y seis años comenzaba su carrera á bordo del buque mercante el *Enrique IV*, destinado al mar de las Indias.

Pero su principal hecho de guerra es el que señala la inscripcion grabada en el pedestal de la estatua.

El capitán de fragata Duperré, que mandaba la *Sirena*, volvia de la Martinica en compañía de la fragata la *Italiana*, cuando cerca de la costa de Bretaña, en las inmediaciones de Lorient, entramas fragatas se vieron atacadas (22 de marzo de 1808) por una division inglesa que contaba dos navios y tres fragatas.

La *Italiana*, de marcha superior, consigue llegar al fondeadero de Puerto Luis, y la *Sirena* intenta alcanzar el de la isla de Groix, para apoyar su defensa en las baterías de la isla; pero hé aquí que la rodean un navío y una fragata: Duperré no se rinde, y se empeña el combate á las ocho de la noche. Durante cinco cuartos de hora la *Sirena* sostiene la lucha contra sus dos adversarios á los gritos de: *Viva el emperador!* pero mientras combate, el hábil comandante del buque francés no ha cesado de maniobrar, y va á encallar su fragata bajo las baterías de Groix, en donde espera al enemigo. El temor de los peligros de la costa hace que los ingleses se retiren, y aprovechando su retirada, el capitán Duperré saca su buque, ciega las vias de agua, y el 26 de marzo la *Sirena* entra en el puerto de Lorient.

H. DE M.

Tres dias en Nápoles.

(Conclusion.)

— Ahora, hablemos de otra cosa si gustais, dijo Patricio.

— Como querais, dijo el empresario.

Y hasta que concluyó la comida se hizo un cambio de palabras insignificantes, como sucede despues de una conversacion ardiente que ha dejado á todos los interlocutores confusos.

Al levantarse de la mesa, dijo el empresario á Patricio:

— Tengo algunas ocupaciones en el teatro para la representacion de esta noche; me permitiréis que os acompañe á Nápoles dentro de una hora. Tengo tambien que dar aquí algunas órdenes, pero os dejo en buena compañía.

— Estoy á vuestra disposicion, dijo Patricio.

Así que María y el irlandés estuvieron sobre la galería, no tardó en anudarse la conversacion. La *prima donna* miró fijamente á Patricio, y le dijo:

— ¡Cincuenta mil reales y un beneficio! ¡No hay motivo para pedir veinte y cuatro horas de reflexion!

— Señora, dijo vivamente Patricio, yo soy de raza montañesa, y no sé guardar mis sentimientos. Si me ofreceis las tres cosas mas bellas de este mundo, vuestra mano, vuestra fortuna y vuestro amor, os pediria un día de reflexion.

— ¡Ah! dijo la actriz con una sonrisa encantadora, ¡parece que estais habituado á la felicidad! La regalais cuando se os da gratis.

— ¡Oh! ¡no os burleis, señora, compadecedme! veis

delante de vos á un hombre que hace tres dias duda de su existencia; un hombre que está en un penoso sueño, y que no puede despertar de él por mas que hace.

— Explicaos, caballero, dijo la actriz con emocion, y si el interés que me habeis inspirado...

— ¡Señora, no acabeis, no acabeis! Me es tan imposible conocer mi felicidad como mi desgracia. ¡Entre nosotros dos hay un abismo! Yo deberia huir de vos, y mi vida se apaga lejos de vos. Quisiera permanecer aquí, y la mas imperiosa de las voces me dice que me aleje. El aire que aquí respiro me mata, y me resucita: siento bajo mis piés el fuego del infierno, y en mi corazon los éxtasis del paraíso. ¡Hay en mí dos seres, el uno *blasfema*; el otro *hace oracion*, y si esta lucha se prolonga, siento que mi razon va á sucumbir!

— Volved en vos, caballero, dijo María con una voz melodiosa y llena de afeccion: yo pudiera dudar de vuestras palabras; pero sois tan sincero en la expresion de vuestros sentimientos, que os concedo mi estimacion y mi amistad.

— ¡Ah! Señora, aun cuando me ofrecierais vuestro amor, os repito, que me seria imposible aceptarlo.

— ¿Entonces, cuál es vuestro objeto, caballero; qué exigis?

— ¡Nada! ¡Me lamento! ¡Me rehusareis aun que me lamente, que es el único consuelo que ha dado Dios al hombre!

— En verdad, caballero, yo no sé si debo oír por mas tiempo...

— Está muy bien, señora, me callaré.

— Sobre todo, reflexionad mi posicion, que es muy delicada. Yo no estoy de modo alguno preparada á una declaracion, que me parece hoy inoportuna; pero que mas tarde...

La súbita llegada del empresario cortó en esta palabra la frase mas interesante de la conversacion: Patricio se alejó algunos pasos para disimular al empresario la horrible turbacion que lo agitaba, y este se aprovechó de aquel instante para decir á María:

— ¡Y bien! ¿Lo habeis convencido? ¿Acepta? ¿Hará su primera salida en el *Otelo*?

— Tal vez, respondió maquinalmente, demasiado preocupada con la situacion para escuchar al empresario.

El carruaje esperaba al pié de la escalera. Patricio rehusó subir, para tener el placer, decia, de ir á Nápoles paseando.

— ¡Hasta la noche en San Carlos! dijo el empresario.

El empresario estaba ya en el carruaje. La actriz tendió la mano á Patricio.

— ¡Hasta la noche! le dijo el irlandés, y cuando esteis libre de San Carlos, os cito al pié de los altares.

Patricio habia creído reconciliarse consigo mismo, legitimando su amor por aquella santa promesa. Pero aun cuando no estuviera consagrado por el sacerdocio, habia hecho votos irrevocables, y cada uno de sus pensamientos era ya un sacrilegio y un perjurio delante de Dios.

Ocupado en estas reflexiones, se paseaba por la orilla del mar, esperando la hora de la funcion. Estaban tocando la sinfonia cuando entró en el palco de San Carlos. Varios convidados de la villa Sorrentina habian ya tomado asiento, y Lorenzo estaba entre ellos.

Patricio apretó la mano de su amigo, y no observó la horrible palidez que cubria el rostro del joven italiano.

Lorenzo se sonrió forzosamente, y acercándose al oído de Patricio, le dijo:

— ¡Cuántas cosas debes tener que contarme, dichoso Patricio!

— ¡Silencio! respondió el irlandés, voy á oír la apertura.

— Una palabra aun, querido Patricio: ¿Dónde diablo has visto representar la *Semiramis* en tu vida.

— Aquí.

— ¡Patricio, estás condenado!

El joven diácono se estremeció; pero se corrió el telon, llevando consigo, entre sus pliegues, los terrores religiosos de Patricio.

El teatro todo esperaba á *Semiramis*: cuando se presentó, las cinco filas de palcos estallaron como un navío de cinco puentes que rompiera el fuego de todas sus baterías. Dos hombres tan solo no aplaudieron. Lorenzo y Patricio.

En el momento en que el gran sacerdote entonó *Fra tanti regi é popoli*, la cantatriz lanzó hácia el sitio do se hallaba Patricio una de aquellas miradas rápidas y luminosas que las actrices saben tan bien dirigir á una sola persona, y disimular á toda una multitud. Patricio vió entreabrirse el cielo, y todas las delicias de la vida entraron en su corazon.

Entonces, una voz dijo en el fondo del palco:

— Preguntan por sir Patricio O....

— ¿Quién me llama? dijo el joven irlandés.

— Os ruegan que bajéis al peristilo, dijo la voz.

— Yo guardaré tu asiento, dijo Lorenzo, y una sonrisa infernal contrajo sus facciones.

Patricio descendió.

Un criado le entregó una carta sellada con las armas episcopales. Abrióla, y la leyó.

El prelado napolitano amenazaba á Patricio con los rayos de la excomunion, si no marchaba inmediatamente á encerrarse en el convento de los Camaldulenses para permanecer allí retirado por un año.

En este momento se abrió una puerta en los corredores, y la palabra *spavento*, cayó como un rayo sobre la cabeza de Patricio.

Patricio elevó con grandeza de ánimo su frente hácia el cielo como para invocar á Dios, y dijo:

— ¡A los Camaldulenses!
Y salió del teatro con paso firme y resuelto.

VI.

Sobre quince meses después de esta escena, y en una hermosa tarde de verano, un joven sacerdote se paseaba leyendo en su breviario por las orillas del lago de Killarney, en el condado de Kerry, en Irlanda. Difícil hubiera sido reconocer en aquel eclesiástico al fogoso Patricio de la villa Sorrentina: de tal modo había sido consumido por los ayunos, las vigiliadas ardientes de la oración, las austeridades del cenobita, la meditación y el arrepentimiento.

Ordenado de sacerdote hacia un mes en la iglesia de San Patricio de Dublin, había sido enviado á la aldea de Killarney para llenar las funciones de vicario, y se había sepultado con alegría en aquel rincón de la Irlanda, como en una tumba.

Después de la escena de San Carlos, había abrazado en los Camaldulenses la vida muda y contemplativa de los religiosos de la Trapa; no había hablado más que á su alma; no había escuchado otra palabra que la incandescente voz de la oración, que se oye noche y día en la iglesia, el claustro y las celdas de un convento. Pero después de su ordenación, cuando hubo levantado entre el mundo y él una barrera insuperable, creyó debía escribir á su amigo de seminario, Lorenzo, una carta, en la que se revelaba á él en el pensamiento de su nueva posición, á fin de que se borraran de la memoria de todo el mundo los antiguos escándalos. Hé aquí la carta que causó una viva impresión á Lorenzo.

Presbiterio de Killarney... 183...

« Mi querido Lorenzo: Si he muerto para el mundo, quiero al menos vivir hoy para mi único amigo. Esta noche volveré á mi tumba.

» Me he entregado tres días á la vida del mundo, y estos tres días han sido ardientes y largos como tres siglos del infierno. ¡ Hé aquí lo que el mundo puede dar á sus elegidos! Los que pueden vivir en él son más fuertes que los que le renuncian: yo he hecho una cosa muy fácil abandonándole.

» Tengo otro Océano junto á mí: el hermoso lago de Killarney, que es un retrato en miniatura del infinito en un cuadro de montañas. Las nubes pasan, y beben en el lago como en una copa vaciada en la roca. Allí es donde yo voy á sentarme para pensar y orar: no hay bajo la celeste bóveda un oratorio más religioso. Allí, si doy un solo grito hácia Dios, aquel grito es mil veces repetido por el eco inextinguible de las rocas circulares que coronan el lago. El sacerdote canta el versículo, y toda la naturaleza responde y ora con él.

» Esta tierra es una comunicación eterna con el cielo: las más altas montañas se elevan como perennes pensamientos, que hablan de cerca á Dios por la voz del rayo y del viento. Algunas veces me figuro que estoy en una iglesia inmensa, cuya bóveda es el cielo, y que tiene por pilares los picos sublimes de Mangerton y de Bautry, las montañas de Gatty y de Nápoles. Bajo el peristilo de este templo infinito, el lago de Killarney no tiene las proporciones más que de una pila de agua bendita ordinaria. San Pedro de Roma no es más que un grano de mármol ante esta basílica edificada por la mano de Dios.

» ¡ Oh! cuando se mira al mundo desde lo alto de esta creación, el mundo no es más que un átomo que no merece la pena de condenarse por él. Algun día, Lorenzo, conocerás la vanidad de los placeres de la tierra, y te acordarás de que en un rincón de Irlanda, te resta un hermano y un amigo.

» PATRICIO. »

Habiendo terminado el joven vicario su oficio de la tarde, se sentó y dejó á su lado el breviario. El último rayo del sol había desaparecido.

Había concluido la oración escrita, y empezaba la oración mental, que no tiene necesidad de ser formulada para ser comprendida de aquel á quien se ruega con el corazón, más bien que con los labios.

Oyese de repente un gran ruido de voces en aquellas soledades silenciosas. En medio de aquellas voces se dejaba oír un instrumento que tocaba una aria de la *Dama del Lago*. Patricio se levantó, y se estremeció como si se hubiera abierto un volcán debajo de sus pies.

Tomó su breviario, y lo apretó contra su pecho, como un soldado hace con su escudo al oír el clarín enemigo.

Aquel fué un terrible momento de aparición sobrenatural, una representación de seres vivos. Seis hombres y una joven se presentaron sobre una meseta de la montaña, como un grupo sobre un pedestal. Patricio reconoció distintamente dos de aquellos personajes, ¡ Lorenzo y María! á los demás no los vio ya.

María se desprendía sobre un fondo de cielo tan luminoso que le servía de aureola. Los ojos menos ejercitados la hubieran á primera vista reconocido en aquella favorable posición de óptica: así es que le fué imposible creer á Patricio, que su vista le había engañado á la proximidad de la noche.

Tres veces miró la aparición, y tres veces dejó caer la cabeza sobre su pecho: apoyóse sobre una roca por su debilidad, y permaneció inmóvil como ella. Luego salió un largo gemido del pecho del sacerdote, y aquel ruido que en cualquiera otro sitio hubiera pasado

desapercibido, circuló de eco en eco por lo largo del lago como el último lamento de un hombre desesperado que se ahoga y muere con el día.

De repente el instrumento hizo sentir una nota, aguda como la invisible plancha de acero que salta del tam-tam, y el formidable final de *Semiramis*: ¡ *qual mesto gemito!* estalló sobre las apacibles aguas de Killarney.

El coro era cantado por siete voces, y el instrumento le acompañaba con notas estridentes, que circulaban sobre la epidermis como una lima de acero. En aquella soledad llena de ecos, que repetían como el órgano de Dios, aquel increíble *septuor* entonado por voces maestras, parecería ser cantado por un sinnúmero de coristas y por una orquesta numerosa.

Una voz, una voz bien conocida, un *soprano* maravilloso, cerniéndose sobre el lago y las montañas, le hizo estremecer con estas palabras siniestras, que parecían evocar el infierno:

¡ Qual mesto gemito da aquella tomba!

¡ Qual grido funebre cupo ribomba!

¡ Oh! ¡ El gran Rossini había trabajado para aquella naturaleza y aquella noche! Había llegado aquella noche sombría y misteriosa: una sola constelación brillaba el cielo, la *ursa mayor*, magnífico asiento de estrellas medio derribado, como si Dios acabara de ser destronado por Satan. Las montañas abrieron sus cimas cavernosas, y el soplo del viento animó el órgano de sus ecos infinitos. Los abetos hablaron á los magos de los montes, las colinas á las yerbas de los llanos, los arroyos á los guijarros, los grillos á los robles, los matorrales al lago, las olas del Océano á los tristes escollos; y todos aquellos murmullos, todas aquellas voces de la noche, elevaban al cielo la infernal armonía de su dueño.

El lamentable grito de Nino salió de la montaña, como de las entrañas de Babel. Todas las impresiones de terror, experimentadas desde la muerte de Abel, corrieron por el aire: era una verdadera noche de Babilonia. Las rocas salientes, las crestas gigantescas, las montañas amontonadas, las inmensas arcadas de granito, todo aquel paisaje grandioso, iluminado fantásticamente por las estrellas, se semejava á aquella arquitectura infinita, creada por Marín, el Byron de la pintura, y en los bosquecillos de abetos, elevados á las nubes por las montañas insurgentes, se hubiera creído ver los jardines suspendidos de la *Semiramis*. Además hubo también una especie de prodigio que no podía presentarse más que á aquella hora y en aquel lugar; porque hay momentos y sitios en que el grande enigma de la música dice su palabra secreta, en que nosotros comprendemos claramente y sin velo, aquel lenguaje impalpable de notas fugitivas; aquella lengua que no dice nada, y todo lo dice, y de la cual las ciudades evaporadas no conocen más que el alfabeto. Había ya terminado el coro babilonio, y los valles le repetían aun. Los mil ecos tenían torrentes de notas de reserva para devolver á los siete músicos.

La montaña, los bosques, las cavernas, los arcos de granito, estos poderosos coristas continuaban el himno, que las débiles voces humanas habían concluido. ¡ Jamás tuvo Rossini intérpretes más grandes, más dignos de él! y estas voces sobrenaturales, esta orquesta inaudita de ecos, parecía salir y elevarse del lago circular, como de un respiradero del infierno, rebosando de las lágrimas de los condenados.

El silencio que sucedió algunos momentos después, fué aun más terrible que el ruido del canto y de los ecos. Patricio miró á todas partes, prestó su oído, no vio nada, no oyó cosa alguna.

— Esta es una visión que me ha enviado el demonio, se dijo á sí mismo: « Estos lugares no son buenos para mí, partamos: Dios tal vez ha permitido que fuera turbado de ese modo en mi retiro, á fin de recordarme mis primeros estudios y mis primeros votos. Yo he dedicado mi vida á la propagación de la fe: yo pertenezco á la milicia gloriosa de aquellos mártires que parten de Roma para ir á visitar á los gentiles. ¡ Levantémosnos, y marchemos! »

Encaminóse lentamente hácia la aldea de Killarney, y se esforzó en olvidar la aparición del lago, meditando sobre los santos proyectos de peregrinación, y sobre la misión que en otro tiempo se le había impuesto en el seminario de la Propaganda.

El insomnio se apoderó de él en toda la noche: recurrió á la oración, y observó con espanto, que su antigua herida del corazón no estaba cicatrizada, y se volvía á abrir con dolores punzantes, que le recordaban otros tiempos, otros cielos, otras riberas, y combates seguidos de la derrota y la desesperación.

A los primeros rayos del día abrió el Evangelio, y una casualidad, que él miró como providencial, hizo caer sus ojos sobre estas palabras: *Surgam et ibo*. (Me levantaré e iré.)

Creyó oír la voz del mismo Dios, y determinó irrevocablemente su partida.

— Todo cuanto me sucede es una advertencia inequívoca del cielo. El destino de mi peregrinación apostólica me está indicado. Yo iré á predicar la fe á los pueblos de las orillas del Eufrates y de las soledades de Balbeck.

Y lleno de estas piadosas ideas, Patricio se encaminó algunos días después hácia Dublin, para arrojarle á los pies del obispo de aquella capital de Irlanda y recibir su bendición y sus consejos.

Sus preparativos de viaje fueron bien pronto terminados; como el primer apóstol partía á pié con un báculo en la mano sin mirar tras de sí, y con los ojos fijos en la estrella de Oriente.

Cuando atravesaba á Phœnix-Park, con aquel paso resuelto que toma un caminante que va á hacer un largo viaje á pié, se detuvo súbitamente para oír por última vez el canto melancólico de un pobre irlandés que había atraído algunos curiosos á su alrededor: era un canto bien conocido, que le había muchas veces alegrado en su infancia: ¡ *Grande, gloriosa y libre Dublin, primera flor de la tierra, primera perla del mar!*

Sacó de su bolsillo una moneda de oro, y la puso furtivamente en la mano del pobre cantor. Al mismo tiempo otra mano hacia una limosna tan magnífica al mendigo irlandés, que Patricio volvió involuntariamente la cabeza para ver qué caritativo católico enriquecía de una vez á su indigente compatriota. Dos gritos de sorpresa, seguidos de un enérgico apretón de manos, atestiguaron á los que estaban presentes á aquella escena, que se encontraban dos amigos después de una larga ausencia.

— ¡ Patricio!

— ¡ Lorenzo!

— Te he visto, dijo Patricio, he estirado tu mano, Lorenzo, ahora ya no tengo que pedir nada en este mundo. ¡ Adios, hasta que nos veamos en el cielo!

— ¡ Oh! yo no te dejo, contesta Lorenzo, reteniendo con vigor la mano de Patricio. Es preciso, á lo menos, que respondas á una pregunta. ¿ Dónde vas?

— Voy donde Dios me llama.

— ¡ Pues bien! yo te acompaño.

— ¡ Tú seguime! ¡ Tú dominado por el mundo! ¡ Tú lleno de pasiones incurables! ¡ No, Lorenzo, déjame partir!

— Déjame que te siga, te repito; nuestro encuentro es en verdad demasiado milagroso. El otro día di un paseo con varios artistas y con *ella* por las montañas de Killarney: yo era quien había llevado toda aquella gente al condado de Kerry, y con la esperanza de encontrarlos. Hoy dejaría á Dublin solo y sin despedirme de nadie, después de haber perdido cuatro años de mi vida, persiguiendo una quimera. En fin, llegó el desenlace: estoy libre desde esta mañana.

Patricio miró á Lorenzo con ojos que parecían provocar nuevas explicaciones, que su boca púdicamente muda no se atrevía á pedir.

— ¿ Quieres saber más? dijo Lorenzo.

El clérigo no respondió; pero apoyó sus dos manos sobre su bastón.

— ¡ Escucha, y ten lástima de mí!... ¡ Se va á casar!... ¡ Ella se va á casar!... Esta mañana hemos sabido esta noticia de su boca, después de su tocador... Todos sus adoradores están consternados... pero no tenemos queja ninguna que darle: no ha engañado á nadie, á nadie ha escuchado. Se ha dejado adorar; esto está permitido á una mujer: nosotros somos unos imbéciles, aquí está todo... ¡ Veo que esta noticia te agrada: tu rostro está radiante! ¡ Cualquiera diría que esto es de tu gusto! ¡ Bendito sea Dios!

— Hé aquí tres últimas palabras bien dichas, Lorenzo...

— No te he dicho aun el nombre del feliz esposo.

— ¡ Oh! ¡ Eso me es bien indiferente, Lorenzo!

— Cierto. ¡ Qué importa el nombre! es un esposo. La ceremonia del casamiento se hará dentro de un mes, bien lejos de aquí, en la villa de... Mañana concluye sus representaciones en Dublin por la *Dama del Lago*. Es necesario decirte que está apasionada á los lagos. La otra tarde, hace ocho días, cantamos el final...

— ¡ Basta, basta, Lorenzo!... Mira á tu amigo, y respétalo. No hablemos ya de cosas del mundo... ¡ Sin embargo, yo no quisiera más que verla una vez, rogar por ella, y bendecirla!

— Esa es cosa muy fácil, pues vive ahí enfrente...

— ¡ Lorenzo, Lorenzo! yo parto, adios...

— En nombre del cielo, Patricio, no me abandones: me es imposible seguirte en este momento; pero prométeme esperarme dos horas en Kingstown.

— Te esperaré... pero vendrás solo...

— ¡ Solo!... y no hablaremos de *ella*...

— ¡ No mas, no mas! dijo Patricio, una vez.

— Adios... consérvame un billete en el paquebot de Liverpool... Patricio, ruega á Dios por mí... ¡ Te digo tranquilamente, que estoy desesperado!

VII.

En la sacristía de la iglesia metropolitana de..., exhibía Patricio sus títulos de sacerdocio al cura, respondiendo á las preguntas que le dirigía. El cura manifestaba por sus gestos, sus palabras y su sonrisa, que estaba satisfecho de todas las explicaciones dadas, y que admitía al sacerdote extranjero al servicio temporal de su iglesia. Además Patricio estaba guarecido con una carta episcopal que le recomendaba especialmente á todos los jefes eclesiásticos de la cristiandad: aquella era como el pasaporte evangélico entregado á sus misioneros por el prelado de Dublin.

Instalado hacia algunos días en el ejercicio de sus funciones, Patricio pidió como un insigne favor que se le permitiera celebrar la ceremonia de un matrimonio, cuyas últimas amonestaciones acababan de publicarse, lo cual le fué otorgado muy fácilmente.

A media noche se encendieron las antorchas del altar mayor. El santuario brillaba de claridad, pero las naves permanecían en las tinieblas. Los dos esposos entra-

Los criados en Paris, estudios de costumbres por Cham.



— El señor conde habrá creído que llamaba...



— K'ss, k'ss, baron. — K'ss, k'ss, marqués.



Las botas del señor y el café de la señora.



Sueños de ama de casa.



El marido de la cocinera saliendo de casa del amo.



— Francisca, ¿qué has hecho de mi hijo?
— ¡Ay! es verdad, le he olvidado en Tullerías en una silla...



— Si tú quieres tener la cabeza alta, yo no quiero.



— Está arreglado: no conocerán nada.



El sombrero de la señora



— Casi he concluido de limpiar la esclavina; no quedan mas que tres manchas.



— Dios mio! la niñera disfrazada de gastador.



Los amos han ido a un concierto.



— Que me dieran guantes ó una cuerda mas larga; no quiero que se me hielen las manos.



De todo lo que sucede en la cocina tiene la culpa... el gato.



— No la echaré al correo; no quiero yo convites que me hagan trasnochar.



— No, señor, todavía no ha llegado el periódico.



— Sí, señora, el corsé está muy derecho



Una cocinera literata.



— A mis amos les importa poco la carne magra; lo que les gusta es el gordo y los huesos.



— ¿ Con que me despide Vd? Pues me marcho en seguida; usted se hará la comida.

ron seguidos de sus familias y amigos, y todo el mundo se arrodilló.

Un joven que no parecía pertenecer á aquella compañía se deslizó á una de las naves laterales, y solo permaneció de pié apoyado contra una columna, en una de aquellas actitudes que afectan la indiferencia, pero que á la vista de un observador perspicaz deja ver una terrible agitación.

Un ministro revestido con sus hábitos sacerdotales, subió lentamente las gradas del altar, y oró algun tiempo con fervor.

Luego descendió de las gradas del altar, é impuso las manos sobre los dos esposos; aquellas manos temblaban como las de un octogenario agonizante que invoca á Dios por la última vez.

Todos los ojos estaban fijos en la joven esposa: parecíase al querubín prosternado ante el arca, que ha replegado sus alas en un estremecimiento de santo terror.

Cuando oyó la voz del sacerdote que le preguntaba si ella aceptaba por esposo...

Su cabeza que estaba inclinada se levantó vivamente, y jamás aquel rostro que todo lo ha expresado, fué contraído por semejante emoción. La joven esposa miraba al sacerdote, y creyó tener delante al fantasma pálido de Patricio, salido del sepulcro para verla por última vez.

Al mismo tiempo, un grito espantoso resonó en la tenebrosa nave. Lorenzo había reconocido á Patricio, de quien se había separado hacia quince días, y no había podido contener una viva exclamación de sorpresa, á pesar de la santidad del lugar.

El sí de la esposa pasó durante este grito: los asistentes se volvieron, y no vieron mas que las naves desiertas.

Había en aquella ceremonia cierta cosa de misterioso y fatal que hacia presagiar un triste porvenir.

Algunos momentos despues Patricio se había quedado solo en oración, arrodillado delante del altar; y á su pesar prestaba atención al ruido sordo de los carruajes que llevaban á la fiesta mundana los esposos y los amigos.

Una mano llamó á la espalda del ministro, que se volvió y vió á Lorenzo detrás de él.

— Esta vez no nos abandonemos, dijo el joven italiano á Patricio.

El sacerdote no dijo nada: levantóse con pena, y marchó hácia la sacristía. Lorenzo lo siguió.

Cuando Patricio se hubo despojado de sus ornamentos, dijo á Lorenzo mostrándole una estrella al través de los cristales.

— Mira la estrella de los Magos que se eleva al Oriente.

— ¡Partamos! dijo Lorenzo.

Un matrimonio de la mano izquierda.

(Conclusion.)

— ¡No! esto no es verdad, exclamó; esto no puede ser.

Apenas hubo proferido estas palabras, se le abrieron las heridas y la sangre le salía á borbotones. Rompiósele al mismo tiempo una vena y le ahogó. Su cabeza volvió á caer sobre la almohada... y había dejado de existir.

Aterrada, fuera de sí, tiró Constanza del cordón de todas las campanillas pidiendo socorro.

Abrióse una puerta, apareció un joven, y señalándola con el dedo á los que le seguían:

— Sacad de aquí á esta mujer, dijo con aspereza.

Era el príncipe Oton, que acudía tarde ya al lecho de muerte de su padre.

A aquella voz conocida, á aquel mandato, á la vista de la muchedumbre que se agolpaba en el aposento, se desmayó la desventurada Constanza.

Imposible le fué saber cuánto tiempo pasara en aquel estado de insensibilidad; porque fué vuelta á la vida por los fuertes sacudimientos de un carruaje en que estaba tendida y que caminaba con lentitud por un suelo pedregoso. Parecióle al principio que era juguete de alguna horrible pesadilla; pero poco á poco fueron coordinándose sus ideas, abrió los ojos y se halló sentada entre un hombre y una mujer desconocidos, que guardaban el mas profundo silencio. Era de noche, únicamente los faroles del coche alumbraban el camino.

— ¿El duque ha muerto? preguntó Constanza con voz apenas articulada.

— Sí, respondió el hombre que guiaba el carruaje.

¡No había, pues, remedio! todas las esperanzas que alimentara, todos sus sueños de ambición, todos sus proyectos estaban destruidos, se habían desvanecido. Luego que se hubo recobrado un poco de la dolorosa impresión que le había causado aquella noticia, quiso saber de sus guardas el lugar adonde la llevaban y por orden de quién se hallaba sola con ellos de noche; pero echó de ver desde luego que se les había prescrito el silencio mas absoluto, y se resignó á esperar que amaneciera.

A la madrugada llegó el pesado carruaje al pié de una antigua torre situada en la orilla de un rio que desagua en el Danubio, y sirve por aquel lado de frontera al

ducado de... Hallábase alojado en aquel edificio un destacamento de tropa al mando de un sargento; y á juzgar por los preparativos que estaban haciendo para recibirla, sin duda se había adelantado un correo á anunciarles la llegada de Constanza.

Algunos soldados estaban limpiando lo mejor posible las ruinosas salas, asegurando las ventanas y colgando las paredes de antiquísimos tapices. La torre en el primer piso contenía cuatro ó cinco piezas que se comunicaban entre sí; Constanza escogió la que le pareció menos triste y menos húmeda. Pero cuando se vió encerrada, separada del resto del mundo por murallas y fosos, y encerrada viva dentro de aquella tumba, comenzó para ella una horrorosa agonía.

Supo que el joven príncipe, creyendo vengar á su madre, había prohibido que dejaran llegar hasta él ninguna petición de la cautiva, y hasta que le repitieran ninguna de las palabras pronunciadas por ella. ¿A quién podría, pues dirigirse? ¿á quién confiar un secreto como el suyo, un secreto de Estado? Acordóse por fin de Emilio de Mansfield; pero cuando á fuerza de lágrimas y promesas hubo conseguido ablandar la dureza de sus carceleros, supo que Emilio estaba á la sazón ausente de Alemania; y tres meses pasaron antes que recibiera contestación á una carta que le dirigiera.

En tan largo espacio abandonó la esperanza á aquella alma ambiciosa é impaciente. Sin ocupación, sin consuelo, no volvía sin embargo sus pensamientos hácia otra vida, hácia un mundo mejor, rebelábase contra su destino, maldecía á los hombres, y algunas veces se maldecía á sí misma: pero ya fuese orgullo, ya desconfianza, nunca quiso revelar su secreto á agentes subalternos que la hubieran tratado de loca: ya por algunas palabras que se le escaparan al carcelero, había vislumbrado que este no creía que su razón estuviese muy sana.

Un día, finalmente, Emilio de Mansfield se presentó delante de los guardas de aquella leona encadenada. Apenas de vuelta en los estados del príncipe Oton, Emilio de Mansfield había solicitado y obtenido permiso de visitar en su prisión á Constanza de Waldegrave.

Antes de presentarse á aquella á quien tanto había amado, se hizo anunciar; su nombre pronunciado en voz alta ningún efecto produjo, pareció que Constanza no lo había oído. Estaba sentada en el alfeizar de una ventana, con la cabeza apoyada en la mano y los ojos fijos en el cielo. ¡Cuántas mudanzas había producido en ella el corto espacio de tres meses. ¡Sus ojos hundidos, sus sienes devastadas, y su espantosa flaqueza, todo le causó una sorpresa dolorosa; llegó á olvidarse que Constanza le había vendido por orgullo y por ambición... ¡Por ambición! tiempo había que estaba convencido de que todo lo excusaba esta palabra.

— Señora, tartamudeó, adelantándose algunos pasos.

A aquel acento se estremeció Constanza.

— ¿Quién me habla? exclamó volviendo con prontitud la cabeza.

— Un antiguo amigo, respondióle Emilio de Mansfield.

— ¡Emilio de Mansfield! ¡es posible! ¡aquel á quien estaba aguardando!... ¡vos! vos aquí... ¡Oh Dios! siento... sí, siento que mi cabeza... la sorpresa, la alegría... ¡Perdonad, perdonad!...

La infeliz cautiva volvió á caer en su asiento, y las lágrimas saltaron de sus ojos.

Emilio permanecía en pié delante de ella, turbado, inquieto del efecto que producía su presencia, pero luego pareció que Constanza se recobraba de aquel fuerte sacudimiento.

— Y vos, señor conde, dijo con voz trémula, vos os habeis acordado de la pobre prisionera. Os doy gracias por tan grande fineza. Ya lo veis, me tienen aquí, temen que me escape; y hasta mi propio hijo me olvida...

— ¡Vuestro hijo! interrumpió Emilio.

— Sí, mi hijo; esto os sorprende. No me ama ya, le han enseñado á aborrecerme. Cuando habla de mí, dice: — ¡Esa mujer! ¡que saquen de aquí á esa mujer! Estas fueron las últimas palabras que oí salir de su boca. Si él supiese...

Emilio estaba consternado, ¡no había duda! habíase apagado aquel claro entendimiento.

— Señora, en nombre del cielo os lo pido, volved en vos. ¿Qué habláis de hijo?

Cogióle Constanza de la mano y acercándole á sí:

— Es preciso, le dijo al oído, que sepais un secreto.

El príncipe Oton...

— ¡Y bien!

— No es lo que creen.

— ¿Qué intentáis decir?

— Todo el ducado vive en un error. Él mismo lo ignora, la duquesa lo ignora... pero vos los desengañareis... Ella se cree su madre... y lo soy yo... ¡yo!...

— ¡Gran Dios! exclamó Emilio involuntariamente:

¡la infeliz está loca!

— ¡Loca! ¡tambien vos me lanzáis esta expresión amarga!... ¡Loca! añadía pasando la mano por la frente y mirando en torno suyo con delirio: ¿qué he dicho pues? pero yo pienso... vos habeis ignorado siempre... y esta es la causa de vuestra sorpresa. Escuchad, todo lo vais á saber... ¡Yo loca!... ¡y en realidad no lo soy!

Emilio de Mansfield estaba sufriendo una dolorosa agitación. ¡Aquellos á quienes todas admiraran un día por su hermosura y por sus talentos, abatida hasta aquel grado de infelicidad! Adivinando Constanza la impre-

sion que había causado en el ánimo de Mansfield, levantó la cabeza y dijo:

— No, no es compasión lo que reclamo de vos. La que está en vuestra presencia no necesita compasión. Yo soy la esposa del duque Alberto: esposa de un duque, madre de un príncipe.

— Volved en vos, os suplico: dejad esos recuerdos que tanto os afligen: hablemos...

— Sí, hablemos de mi hijo, interrumpió Constanza con vehemencia. ¡Oh, con qué fiebre de impaciencia esperaba yo á alguno á quien pudiese revelar mi matrimonio, un matrimonio de la mano izquierda, es verdad, pero celebrado delante de Dios, en presencia de dos testigos! Atended... era una noche de baile: una voz, ¿no era la vuestra?... me gritó al pasar:

— ¡Pérfida!... ¿os acordáis?...

— ¡Qué recuerdo! murmuró Emilio de Mansfield: ¡y cómo mezcla la ficción con la realidad!

— La ficción, exclamó Constanza levantándose y recorriendo la estancia á grandes pasos: ¡siempre la ficción!... ¿Es posible que no queráis darmé crédito? Emilio, vos á quien estaba esperando, vos cuya presencia he estado pidiendo al cielo... Porque vos me volvereis la libertad, la vida... He sido culpable hácia vos... pero vos os vengareis salvándome.

Emilio le tomó las manos que retuvo entre las suyas...

— Señora, le dijo, calmaos. ¿Cómo ha podido alimentarse de ilusiones un entendimiento tan distinguido como el vuestro? El aislamiento, la cautividad os han puesto mala. Todo esto se acabará. Creed en quien ha sido vuestro amigo: nunca habeis sido casada, nunca habeis sido madre.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! conservadme la razón, exclamó Constanza. Yo siento que me abandona. ¡Oh! ¡pruebas!... ¿no tengo yo pruebas?... ¿En dónde están?... ¿qué he hecho yo de ellas?

Y llevó sus manos á sus vestidos como una loca.

Traspasado el corazón con este espectáculo, Emilio de Mansfield hizo un movimiento como para retirarse; pero Constanza se arrojó delante de él.

— Quedaos, le dijo, ¡quedaos por piedad! ¡un instante no mas!... si no, yo moriría, mi secreto me ahogaría... ¡Pruebas!... ¡oh memoria mia!... ¡Ah!... ¡hé-las aquí!

De repente tomó unas tijeras que había encima de una mesita de labor, y rasgando un faldón de su vestido sacó una bolsa que presentó al conde haciéndole señal de abrirla, porque no podía articular una palabra y había caído jadeando y anonadada.

Emilio de Mansfield recorrió lleno de asombro los varios documentos que contenía la bolsa. A medida que iba leyendo, notábanse en su rostro señales de la mas viva compasión. A veces interrumpía la lectura para dirigir su vista á la desventurada Constanza; y entonces esta, á pesar de su debilidad, meneaba tristemente la cabeza, como para añadir nueva fuerza á los testimonios que aquel tenía en la mano.

— ¡En efecto, es un secreto de Estado! se dijo á sí mismo Emilio cerrando cuidadosamente la bolsa... ¡Pobre mujer!

En este momento pareció reanimarse Constanza.

— ¡Estos papeles! gritó alargando las manos, por que no tenía aun fuerzas para levantarse: ¡Emilio!... ¡estos papeles!... ¿cómo he podido desprenderme de ellos?...

— Tranquilizaos, señora, respondió Emilio acercándose. Me llevo estos documentos á fin de presentárselos al príncipe. Descansad en mí; dentro de dos días volveré y seguramente no seré solo.

— ¡Estos papeles! gritaba siempre Constanza... Emilio... ¡ah! volvédmelos... sed testigo, Dios mio... de que...

Su voz se apagó entre los gemidos.

Dos días despues de aquella entrevista, dos jinetes corrían á escape por el camino que lleva de Hermans-tad á la torre de...

— ¡Príncipe, dijo uno de los jinetes, aprovechándose de un instante en que los caballos tomaban aliento: pensad lo que exige la prudencia. El secreto de vuestro nacimiento es ignorado de todos; los mismos guardas de la torre rehusan dar crédito á las palabras de la infeliz prisionera. ¿Qué partido pues se propone tomar Vuestra Alteza?

— Yo nada mas sé sino que mi madre no debe estar privada por mas tiempo de su libertad, de la presencia y del amor de su hijo... Cuando pienso, conde de Mansfield, que sin cesar la he estado acusando, despreciando, aborreciendo... que por orden mia ha sido encerrada, y que á no ser vos... Vamos, ¡apresurémonos! cada instante que pasa es un nuevo agravio que se le hace. ¡Cuántos sufrimientos me toca reparar!

El conde Emilio de Mansfield entró el primero en la estancia donde se hallaba Constanza de Waldegrave; pero en el corto tiempo transcurrido, la fiebre que le causara, la espera, la impaciencia, la inquietud, había agotado las escasas fuerzas que le quedaban. Hacia dos días que solo vivía una vida facticia.

Postrada en una gran poltrona, con los ojos incesantemente fijos en la puerta de su prisión y el oído atento al mas leve ruido, había estado contando los minutos y calculado veinte veces la distancia. Su alma, suspendida en sus labios, parecía que para abandonar aquel cuerpo solo aguardaba un momento de decisión fatal.

— ¡Y mi hijo! murmuró así que descubrió al conde, ¿le habeis visto?... ¿le habeis dicho?... ¿me traeis á mi hijo?

Ya estaba á sus plantas.

En el mismo instante comenzó una escena que despedazaba el corazón. Aquellos sentimientos de amor que jamás se extinguen en el pecho de una madre, revivieron súbitamente en el de Constanza. Olvidóse del príncipe, y no vió mas que al hijo: ¡ su hijo de quien había consentido separarse en la embriaguez de la ambición y que Dios le volvía despues de quince años para cerrarle los ojos!

El príncipe Oton estrechaba en sus manos las de su madre. Con una voz ahogada por los sollozos imploraba su perdón: acusábase á sí mismo y deploraba el error en que había sido educado... De repente nota que la mano que apríeta se envara por una contracción violenta... Su madre, cubierta de una mortal palidez, se había desplomado sobre sí misma, y sus facciones conservaban aun una expresión de dulce alegría. Hubiérase dicho que las bendiciones que había pronunciado sobre él en la tierra había ido á continuarlas en el cielo.

Ninguna razón había ya para revelar aquel importante secreto. Hasta la misma duquesa Leopoldina lo ignoró siempre; cuando supo las magníficas exequias que el príncipe había dispuesto para aquella que tantas desazones le causara; y fué testigo de la profunda tristeza en que vivió abismado por espacio de algunos meses, no pudo menos de manifestarle su sorpresa; pero él se negó constantemente á darla explicaciones. Mas adelante; luego que hubo cumplido la mayor edad, los consejos del conde Emilio de Mansfield y su propia experiencia le decidieron á abolir en su corte por una ley especial la peligrosa costumbre de los matrimonios de la mano izquierda.

Los dos millonarios.

POR ZSCHOKKE, TRADUCIDO DEL ALEMÁN.

PRIMERA PARTE.

Una vez por semana solíamos reunirnos en casa de mi amigo R..., donde, sin murmurar de los vecinos ni acudir á los naipes, pasábamos placenteramente la velada en amena conversación. Pero lo que más nos embelesaba, era el oír referir á R... los recuerdos de su juventud. Voy á contar aquí dos historietas suyas que me interesaron en gran manera.

Rodeóse una noche la conversación sobre el filósofo francés Rousseau, sobre su sensibilidad extremada, su menosprecio de los grandes y de las riquezas, sobre su orgullosa pobreza y el contraste que se echaba de ver entre su cariño infantil y su misantropía.

Defendían unos al desdichado filósofo, muy ajeno de conocer al mundo, y tildaban otros su conducta, viniendo á parar la conversación en los efectos de la pobreza y las riquezas en los hombres dotados de talento y buen corazón. ¿Qué hubiera sido de Rousseau, si hubiese nacido en la púrpura, ó si la suerte le hubiese derramado el oro á manos llenas? Hablóse largamente sobre la materia, no faltando ocurrencias y reflexiones oportunas é ingeniosas, y al cabo de mucho discutir, nos interrumpió el señor R... diciendo:

— Voy á referir á Vds. dos cuentecitos que acabo de recordar ahora mismo. No sé si vendrán al caso, ó si podrán despejar la discusión de que ahora se trata; pero entrambos son verdaderos, y peregrinos cada uno en su clase. Los héroes de ambas anécdotas fueron discípulos míos en la universidad, y uno de ellos es aun hoy día uno de mis amigos más queridos y entrañables.

Oímosle todos con atención.

I.

Distinguíase entre mis discípulos de universidad Casimiro Morn, mozo de buenas prendas y de hermosa estampa, dotado de talento y amor al estudio. Sabía varias lenguas antiguas y modernas, cantaba primorosamente, componía lindos versos; y á pesar de la rica pensión que recibía de su casa, era moderado en sus conatos, y no tiraba el dinero en loca disipación, sino que empleaba una buena parte de sus mensualidades en costear posada y manutención á algunos estudiantes pobres. Antes de entrar en la universidad, había hecho con su padre un viaje por la mayor parte de Alemania, Italia y Francia; y aunque el padre era banquero, el joven Casimiro seguía, con beneplácito de aquel, su propensión á las ciencias.

Seis meses antes de salir de la universidad, le acompañé hasta su casa, donde permanecí con él algunas semanas. Su padre vivía en la capital del electorado en un palacio suntuoso, donde concurrían las personas más encumbradas de la corte.

Junto al palacio del señor Morn se veía una casa antigua, medio desmoronada y lóbrega, donde vivía un droguero llamado Romano, el avariento más ruin del pueblo. Las gentes andaban diciendo que era millonario; y esto, no obstante, seguía siempre vendiendo café, pimienta, jarabe y queso por sí mismo, ó en su lugar, pues nunca quiso tener mancebo, despachaba á veces en la tienda su lindísima hija Carolina.

Casimiro y la pequeña tendera habían jugado, cuan-

do niños, uno con otro; y cuando hubieron traspuesto la edad infantil, siguieron tuteándose, conservando siempre mutuamente la confianza que se merecieron en su niñez. Verdad es que no le gustaba al banquero aquel residuo de cariño, pues tenía sus achaques de altanería, y hacia ánimo de comprar para sí y para su hijo ejecutorias de nobleza. El tendero por su parte opinaba que no le era decoroso á su hija el tutearse con Casimiro; pero nada tenía que oponer cuando el mozo acudía á su tienda á comprar pasas y almendras para ver á Carolina; pues cada visita en la tienda tenía que pagarse en numerario.

Durante mi permanencia en el palacio del señor Morn, ocurrieron varias escenas reparables. Casimiro juró en una ocasión que nunca se casaría que no fuera con Carolina, y como entrambos eran del mismo sentir, Carolina hizo á su padre el propio juramento. El tendero se echaba á reír, y el banquero bostezaba al oír tales propósitos.

Por último, el señor Morn dió muestras de ceder, porque quería entrañablemente á su hijo: quizás influyó también en su intento el millon del señor Romano. Como quiera, no cabía negar que no había en toda la ciudad una novia más rica que la hermosa Carolina.

Ajustóse luego el proyectado enlace; pues nada tenía el banquero que oponer al millon, á las megillas rosadas, á los dulces ojos y al talle elegante y primoroso de Carolina; y por otro lado, el señor Romano no podía menos de confesar que Casimiro era un buen mozo, y que su padre hacía buenos negocios. Agréguese á lo dicho que Casimiro tenía veinte y tres años, y Carolina diez y seis; que entrambos se idolatraban y habían acordado entre sí que su cariño sería sempiterno: así que fuerza era confesar que el matrimonio era muy conveniente. Yo mismo era de este sentir, así como los demás: y con todo nos llevamos chasco.

El señor Romano, hombre riquísimo como ya se ha dicho, no tenía confianza en ningún estado, oficio ni negocio, sino en el de droguero. Lo que es la ciencia, no la estimaba en dos ardites; el estado militar se le antojaba una vida de saoteador; los negocios de banco le parecían un juego de azar.

— No cabe establecimiento más sólido, solía decir, que el comercio al por menor de drogas y especias.

En consecuencia de este apego y cariño á su profesión, puso por delante á las condiciones del proyectado casamiento la cláusula terminante de que « nadie podía ser su yerno que no fuese droguero. »

El engreimiento del banquero no se allanó á tan ridícula condición. Casimiro se entregó á la más negra desesperación; ni aun la linda Carolina se atrevió á alentar á su querido para que por amor suyo se condenase de por vida á machacar café y pimienta. Confiaba la simple muchacha que su padre cedería con el tiempo. Yo también tenía esta confianza, y lo mismo los demás.

Casimiro, aun prescindiendo de sus conocimientos y aptitud, de las riquezas de su padre y de sus relaciones con la corte, podía dar cabida á la perspectiva más brillante. Los primeros empleos del Estado le estaban todos abiertos: los ministros le habían señalado ya la carrera que le aguardaba: ya se habían dado pasos para agenciarle ejecutorias de nobleza... ¡ Y ahora venía el desdichado señor Romano pidiendo redondamente que Casimiro, como yerno suyo, viviese en su tienda, despachase á sus parroquianos y vendiese arenques de á cuarto, orillando la esplendorosa carrera que tenía delante.

Juzgue el lector cuál sería la situación del desdichado mancebo. Verdad es que para un mozo de veinte y tres años todo se hace asequible á trueque de alcanzar una muchacha querida y virtuosa: en tal situación, puede asaltar baterías, despreñar la muerte y las heridas, habérselas basta con el mismo diablo, vivir de pan y agua, aunque sea en un desierto. ¡ Todo, todo cabe! Pero ¡ venir á parar en droguero desde la cumbre del ministerio de Estado que se está esperando, pesar toda la vida manteca, envolver queso de Holanda; esto es más duro que las heridas, que la muerte, que el diablo y el desierto.

Cogióme de nuevo el saber que el orgulloso banquero hubiese aconsejado reservadamente á su hijo que probase de entablar capitulación con el estrambótico droguero: así me lo manifestó Casimiro, á quien dije: — ¿ Cree acaso el señor Romano, ese avariento, ese pelucon, que porque es millonario puede ensuciar consigo á un hombre honrado?

Pero Casimiro estaba locamente enamorado: bien lo eché de ver, pues á trueque de alcanzar la mano de su querida del alma, se hubiera allanado á estar contando de por vida habas de café. Guardé pues silencio, porque no es bueno dar consejo á enamorados. Por otra parte Carolina no quería que su amante se allanase á la condición de su padre; así que se acordó que Casimiro volvería para otros seis meses á la universidad; que entre tanto se atacaría por todos lados á su extraño suegro, y que en caso necesario, no faltarían lágrimas, desmayos y anhelos de muerte.

Verificóse lo resuelto, y volvimos juntos á la universidad.

II.

Casimiro sabía por Carolina, con quien se carteaba, cuanto ocurría; la muchacha hacía muy buena letra, y no le escaseaba sus escritos; y aunque no podía conmovér la terca inflexibilidad de su padre, no por esto

se desalentaba, antes al contrario, procuraba infundir confianza á su amante, concluyendo siempre sus epístolas de este modo: « Además de lo dicho, ten presente que yo no tengo más que diez y seis años, y tú solos veinte y tres. »

Unos cuatro meses despues de las ocurrencias ya descritas, entró un día en mi cuarto Casimiro con semblante muy demudado. Díjome que acababa de recibir de su padre la carta que tenía en la mano, con diez mil florines de oro. La carta decía así: « Eso es lo único que me queda y puedo enviarte, hijo mío; ahí está todo tu haber. Me he visto en la dura precisión de quebrar y huir de mi país; voy á Inglaterra, y de allí pasaré á la India. Dios sabe cuándo nos volveremos á ver, etc. »

Ciertamente que la tal carta no era nada halagüeña, pues los diez mil florines remitidos no venían á ser la tercera parte de lo que le pertenecía de la dote de su difunta madre. Traté pues de consolarle; pero él prorumpió diciendo:

— No me hagas tan poco favor atribuyendo mi aflicción á la pobreza ó á la pérdida de mi fortuna. No me creas más desdichado que antes; confieso sí que la noticia me ha sorprendido. No me consueles, porque me ofendes; procura tan solo distraerme un poco hasta mañana.

Luego que oí estas palabras, mandé ensillar los caballos, y despues de una larga carrera, envié recado á varios amigos convidándoles á beber ponche. Mi filósofo se despejó bastante; refiriónos largamente la historia de su inesperado cambio de fortuna; habló con indiferencia de esta mudanza, y acabó por decir:

— Mañana echaré mis planes.

Cuanto le oyeron se asustaron y le compadecieron, y todos le juraron amistad hasta la muerte. Solo uno de entre nosotros, llamado Enjelberto, uno de los estudiantes más aventajados de la universidad, se le acercó riendo, y le dijo:

— Todos juntos son unos mentecatos: en cuanto á mí, te doy sinceramente el parabien, porque te ves libre de las miserables riquezas que esperabas. Desde este instante empezará á conocer lo que vales, y ya estoy viendo que vales algo. Un millonario, un príncipe y una linda muchacha son cosas de que no cabe decir con certeza si valen algo fuera del dinero, del linaje y la hermosura.

No todos eran del dictámen de Enjelberto; yo estaba viendo en él un entusiasta, y me confirmé más en este concepto lo que añadió luego, y fué lo siguiente:

— Voy á componer un libro para enseñar á los hombres de qué modo se ha de plantear una república acertada. En ella recibirán la mayor parte del dinero todos los hombres vanos, los cojos y los jorobados y los de corazón ruin, así como los viejos, para que pasen la vida cómodamente; pero conforme se vayan muriendo, parará el dinero en poder de la república. Mas la *gente rica*, esto es, los mozos y todos cuantos tienen el corazón colocado en su debido asiento, no tendrán ni un cuarto siquiera, porque se habrán de mantener con sus conatos. De este arreglo resultará un hecho grandioso y peregrino. Los servidores del Estado, los jefes militares, los sacerdotes irán vestidos de telas bastas, habitarán casas pequeñas, y vivirán parcamente para que vean las gentes *quiénes son, y no se destumbren con su brillo*. El mas sabio, el mas virtuoso, el mas activo y el mas valiente se llamará el *mas rico*, porque lo es en efecto. En mi república platónica, los pobres serán millonarios, y así debiera ser en la realidad; pero vivimos en un siglo en que todo anda al revés. Solo la Providencia es sapientísima, y vuelve á su debida senda á la humanidad descarriada, para que no venga á fenecer rematadamente. Vulgar es el dicho de que la fortuna reparte sus dádivas á ciegas, pues da tesoros al mentecato, y mérito y talento al pordiosero. Pero á esto digo yo: ahí se echa de ver la divina sabiduría, y el acertado asiento del equilibrio en los medios.

— ¡ Y qué! exclamó uno de los concurrentes; ¿ acaso habré de trabajar de balde? Yo me gozo en mis fuerzas porque con ellas alcanzaré fama y riquezas.

— Es como si dijeras, replicó Enjelberto, que tratas de enterrar arena con un azadon de oro. Si tal es tu sentir, acabarás por dispararte un balazo en la sien.

— Poco aprecio me merecen la fama y las riquezas, dijo Casimiro. Yo soy del dictámen de Enjelberto. Si valgo alguna cosa, quiero valer por mí mismo, y quedaré satisfecho si mi mérito es reconocido.

— No eres tú de mi dictámen, Casimiro: ¿ qué estás diciendo de *mérito* reconocido? exclamó Enjelberto. ¿ Qué me importa á mí, si, alumbrando yo como el sol, anda el mundo diciendo que soy lóbrego como un carbon? *Los hombres son egoístas porque su inteligencia es apocada*, y nadie se cura de los demás.

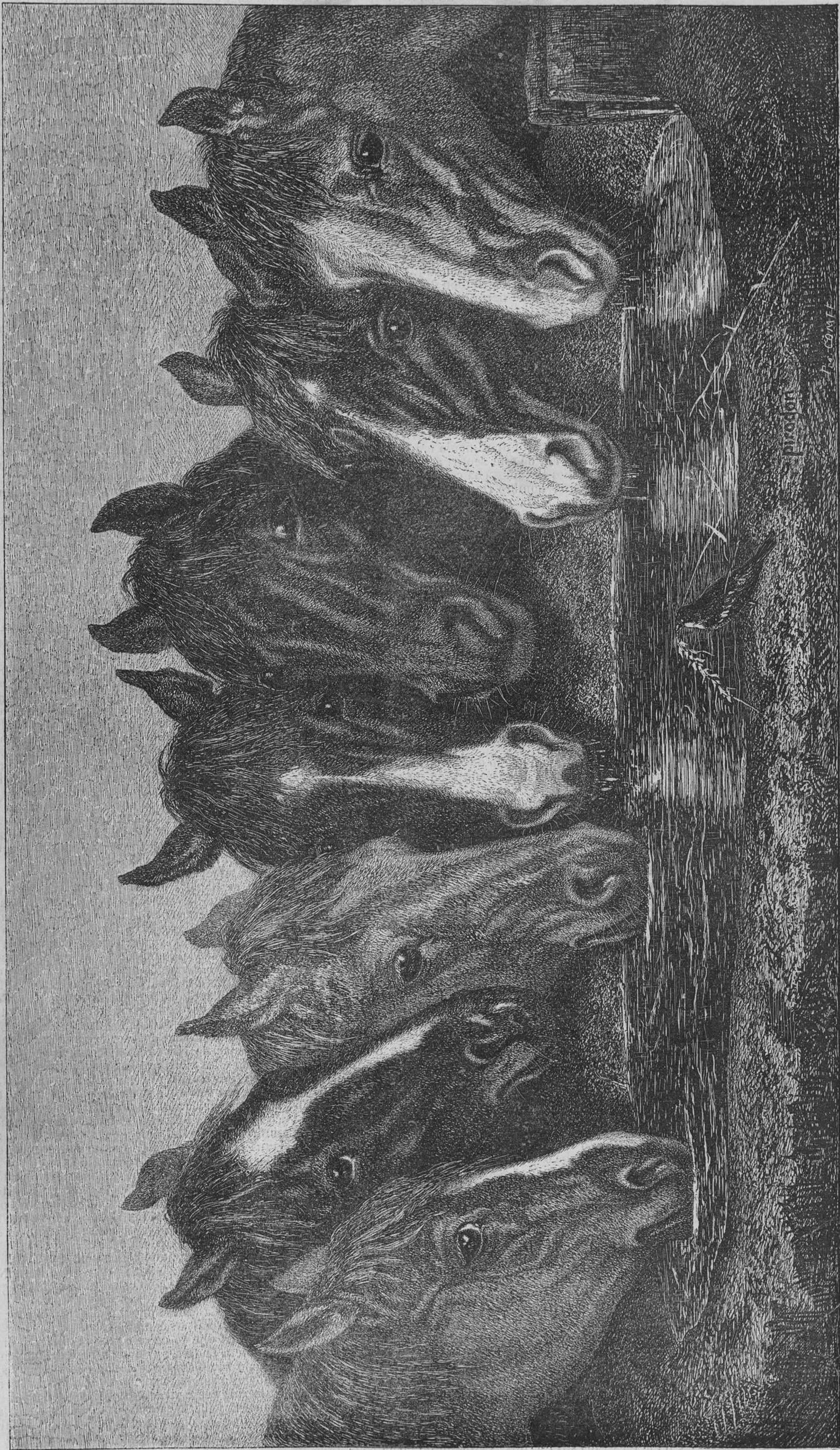
— Te equivocas, interrumpió Casimiro; el hombre es de suyo hidalgo y bondadoso; por esto le amo. No quisiera yo vivir en un mundo como tú lo estás imaginando.

— ¡ Desdichado Casimiro! dijo Enjelberto; buen camino llevas para venir á ser misántropo.

— ¡ Muchachos! dije yo en este punto: ahí estais disputando por mera fantasía; el mundo no es ni tan bueno ni tan malo como suponéis; todo tiene su luz y su sombra: hoy está sereno, mañana nublado. Los discretos toman la vida como viene, y no como la apetecen.

Acercóseme Enjelberto sonriendo, me puso una mano sobre los ojos, tomó con la otra un vaso de ponche, y dijo:

(Se continuará.)



Los caballos

DE M. SCHIKLER.

En la última Exposición de Bellas Artes del Palacio de la Industria, había un cuadro que llamaba particularmente la atención, y era el que representaba las cabezas de los caballos de carrera de M. Schikler, que aquí reproducimos. Ninguno de los caballos pintados por M. Schenck, han figurado en las carreras de la primavera, del estío ni del otoño. Arquimedes, Königsgrätz, Mesa Redonda, Valois, Suzerain, Luxemburgo y Mazcocapac, todos de noble raza, están sin duda llamados á ilustrar sus nombres históricos, á continuar las gloriosas tradiciones de su familia y de la caballeriza de M. Schikler, á la cual pertenecen.

Pero hasta el momento de la lucha, ¡cuántos cuidados habrán de necesitar para que se operen los cambios que exige su destino! Bajo la influencia del alimento y del trabajo, todos esos potros de tan plácido aspecto habrán de sufrir profundas modificaciones: el ojo se animará, el conjunto de esas cabezas tomará un carácter de resolución y de energía.

Muy luego ya no será posible llevarlos al abrevadero común donde el artista los ha reunido y agrupado con tanto talento. Fieros y delicados, no soportarán ningún rival, ni en la caballeriza, ni en la arena; el aire, el espacio y el agua no bastarán sino al orgullo de uno solo.

Mientras llega el día en que se presenten en el hipódromo los caballos de M. Schikler, se han presentado ya en la Exposición de 1869. La primera prueba ha sido una victoria.

Y su triunfo nos parece tanto más fácil, cuanto que en las carreras de otoño, que han terminado estos últimos días, no se ha visto nada notable, y se ha podido hacer la observación de que los productos de 1869 son inferiores á los de 1868 en número y calidad. Esperemos pues que los caballos de M. Schikler añadirán sus nombres en la lista de los vencedores de las próximas carreras.

P. DE L.

Cabezas de caballos de carreras pertenecientes á M. Schikler. — Cuadro de M. Schenck.